

# LEYENDAS, HISTORIAS Y CASOS DE MI TIERRA OTAVALO



## RECOPILACIÓN Y ANÁLISIS DE LA LITERATURA ORAL OTAVALEÑA 1980-2020

Dorys Rueda

# **Leyendas, historias y casos de mi tierra Otavalo**

Recopilación y análisis: Dorys Rueda

Informantes:

Luis Ubidia, Ángel Rueda Encalada, Angelita Rodríguez Hidalgo, Gonzalo Rubio Orbe, César Alberto Buitrón. Lili Villa.

Poesía:

Fernando Larrea Estrada

Ilustración de la portada: Pedro Nicolalde Benítez

Diseño de portada: Pedro Nicolalde Benítez

Título: Otavalito

Técnica mixta

Diciembre, 2020

Ilustraciones internas:

Pedro Nicolalde Benítez, Nuria Rengifo, Amparito Nicolalde, Janett Buitrón, Pedro Nicolalde Rengifo y Marcela Esparza.

Diciembre, 2020

Íconos de las leyendas:

Madeleine Arizaga Cisneros

Diciembre, 2020

Corrección de estilo: Dorys Rueda

Primera edición digital: enero de 2021

ISBN: 978-9942-40-263-9

Derechos de autor: 059946

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, sin permiso previo y por escrito de su autora.

**A HÉCTOR, MI ESPOSO**

POR CREER Y SOSTENER MIS SUEÑOS.

**A MIS PADRES**

**ÁNGEL Y ANGELITA**

POR TANTAS NOCHES DE LEYENDAS E HISTORIAS.

POR ENSEÑARME AMAR A OTAVALO.

## **AGRADECIMIENTOS**

Infinitas gracias a Luis Ubidia, Ángel Rueda Encalada, Angelita Rodríguez Hidalgo, Gonzalo Rubio Orbe, César Alberto Buitrón y Lili Villa por su generosidad al entregarme la riqueza oral de nuestro pueblo.

Agradezco de manera especial a los artistas otavaleños: Pedro Nicolalde Benítez, Nuria Rengifo, Amparito Nicolalde, Janett Buitrón, Pedro Nicolalde Rengifo y Marcela Esparza, por colaborar desinteresadamente con las ilustraciones del libro. También, a Fernando Larrea Estrada, escritor otavaleño, por los textos poéticos creados para este libro.

Mi reconocimiento personal a Madeleine Arízaga Cisneros por la creación de los íconos que acompañan a las leyendas, historias y casos, y a Patricia Eugenia Cajas por el diseño gráfico del libro.

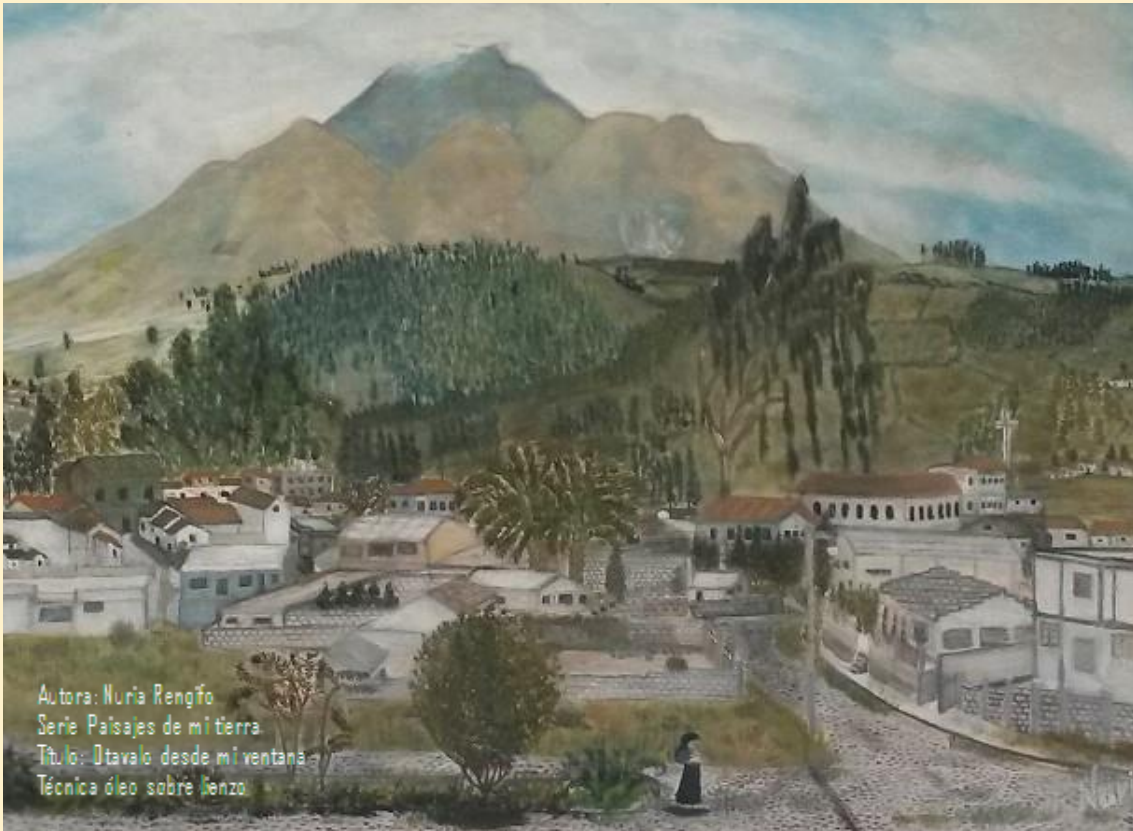
# CONTENIDO

<b>PRÓLOGO</b> .....	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
<b>OTAVALO Y SU ENCANTO</b> .....	<b>3</b>
<b>EL REGISTRO ORAL</b> .....	<b>5</b>
<b>LEYENDAS, HISTORIAS Y CASOS</b> .....	<b>6</b>
<b>EL MAL</b> .....	<b>7</b>
<b>PACTO CON EL DIABLO: LA ALIANZA</b> .....	<b>8</b>
<b>SATANÁS EN LA CASCADA DE PEGUCHE</b> .....	<b>10</b>
<b>EL CARRO FANTASMA</b> .....	<b>11</b>
<b>EL HUIÑA GÜILLI</b> .....	<b>12</b>
<b>EL CUCO</b> .....	<b>13</b>
<b>LA MANO NEGRA</b> .....	<b>14</b>
<b>LA MUERTE</b> .....	<b>15</b>
<b>LA CAJA RONCA DE OTAVALO</b> .....	<b>16</b>
<b>LA CAJA RONCA: EL CORTEJO FÚNEBRE</b> .....	<b>18</b>
<b>LOS APAGA VELAS</b> .....	<b>20</b>
<b>LA MUERTE</b> .....	<b>22</b>
<b>EL SACRISTÁN</b> .....	<b>23</b>
<b>APARICIONES</b> .....	<b>24</b>
<b>LOS FANTASMAS</b> .....	<b>25</b>
<b>EL FANTASMA DEL SOCAVÓN</b> .....	<b>26</b>
<b>EL CAMINANTE QUE FLOTABA</b> .....	<b>27</b>
<b>FANTASMAS EN LA IGLESIA</b> .....	<b>28</b>
<b>EL DUENDE</b> .....	<b>29</b>
<b>EL DUENDE DEL MOLINO</b> .....	<b>30</b>
<b>LOS DUENDES DE OTAVALO</b> .....	<b>31</b>
<b>EL DUENDE DEL TEATRO</b> .....	<b>33</b>
<b>EL DUENDE ENAMORADO</b> .....	<b>34</b>
<b>EL DUENDE DEL TEATRO APOLO</b> .....	<b>35</b>
<b>LOS DUENDES DE LA JOYA</b> .....	<b>36</b>
<b>MUJERES ESPECTRALES</b> .....	<b>37</b>
<b>LA VIUDA DE MEDIANOCHE</b> .....	<b>38</b>
<b>LA VIUDA DEL CEMENTERIO</b> .....	<b>39</b>
<b>LA BRUJA</b> .....	<b>40</b>

UNA CHIFICHA EN EL PUEBLO .....	40
ALMA GEMELA .....	41
LAS SIRENAS.....	43
SIRENAS DE LUNA LLENA .....	44
LA SIRENA DEL LAGO .....	45
LA SIRENA DE LA FUENTE DE PUNYARO .....	46
LA SIRENITA DE LA FUENTE DE PUNYARO .....	47
ANIMALES INFERNALES .....	48
EL MONO SALTADOR.....	49
LA GALLINA NEGRA .....	50
EL CARBUNCO DE OTAVALO.....	51
LUGARES MISTERIOSOS .....	53
EL MISTERIO DEL SOCAVÓN .....	54
LA CUEVA .....	55
LAGUNA VARÓN, LAGUNA MUJER .....	56
EL CANTO DEL GALLO .....	57
LA CAMPANA DE LA LAGUNA .....	58
LA LAGUNA TUERTA .....	<b>60</b>
EL GIGANTE Y LAS LAGUNAS .....	61
LA LAGUNA DE SAN PABLO .....	62
FLORES BLANCAS.....	63
NATURALEZA .....	64
ORIGEN DEL ARCOIRIS.....	65
LAS SIETE MARIPOSAS .....	66
LO INSÓLITO .....	67
LOS VALIENTES .....	68
EL CÁLIZ ROBADO .....	69
LA GALLINA Y SUS POLLUELOS.....	70
EL PROFANADOR DE TUMBAS.....	71
DOS MITADES .....	72
EL TRAJE DEL MUERTO .....	73
EL ASNO PERDIDO .....	74
EL ATRACADOR.....	75
EL DISFRAZADO .....	76
LA VIUDA DEL SOCAVÓN .....	77

<b>ANÁLISIS .....</b>	<b>78</b>
"LA BRUJA" .....	79
"PACTO CON EL DIABLO: LA ALIANZA" .....	83
<b>LOS INFORMANTES .....</b>	<b>88</b>
<b>RESEÑA DE LOS COLABORADORES.....</b>	<b>91</b>
<b>RESEÑA DE LA AUTORA.....</b>	<b>96</b>

# PRÓLOGO



Los cuentos, historias, leyendas y casos son géneros narrativos de la literatura oral que reavivan la memoria de un pueblo, de generación en generación. Constituyen un instrumento de autoconciencia, donde subyacen los valores y las ideas de toda una colectividad.

*“Leyendas, historias y casos de mi tierra Otavalo”* es un libro que trasmite al lector una mixtura de elementos reales, con elementos supuestos o asombrosos, enmarcados en la “Tierra Sarance”, en un lapso de 40 años. Sin embargo, estas formas de comunicación oral tienen vigencia como formas de reconstrucción de imágenes y relatos de un pasado esencial, como formas vivas de representar la cultura popular.

Parecería que no hay propiamente en estas páginas un acto creativo, sino apenas la formalidad de registrar hechos y acontecimientos en tono coloquial, pero un repaso minucioso de una leyenda o historia cualquiera de esta obra revela que detrás de esa autenticidad, que es indiscutible, hay también un acto creador.

No se trata solamente del registro puro y simple de los relatos, se trata de una selección de crónicas con una dosificación al presentarlas, con un desborde de magia cuando la autora nos presenta una historia que a veces puede estar anclada en lo real, pero en otras, se escapa de la realidad y nos introduce en lo extraordinario, lo ilusorio, lo paranormal.

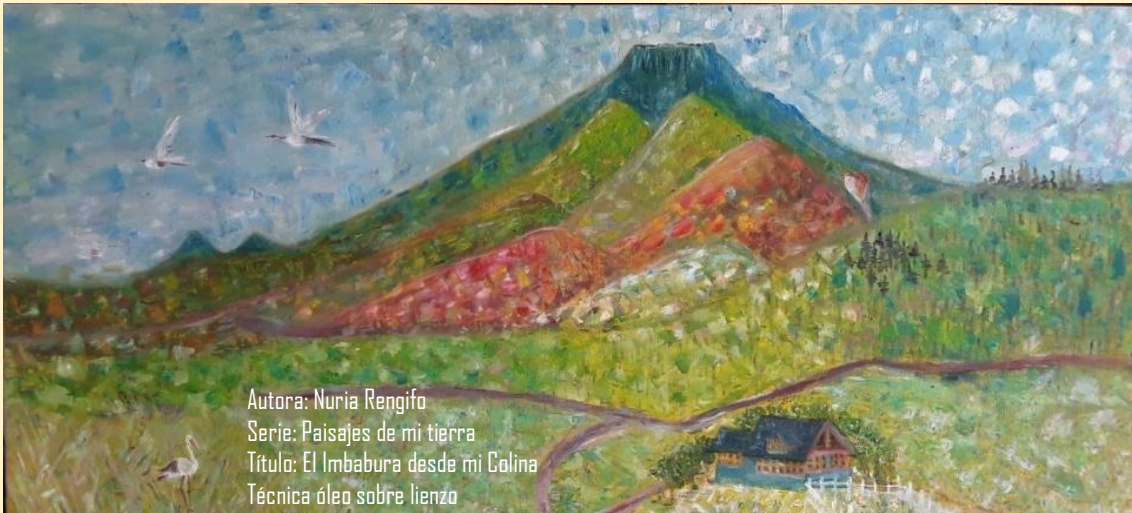
Su acto creador, asimismo, se visualiza en el análisis de las leyendas: “La bruja” y “Pacto con el diablo”, que son interpretadas desde los elementos propios de la narración, a

través de ciertas categorías como personajes, temas, estructura, tiempo y espacio, y cuando la autora relaciona la narrativa oral con obras cumbre de la literatura de distintas épocas.

*“Leyendas, historias y casos de mi tierra Otavalo”* es un libro que privilegia el relato oral imaginativo para que no desaparezca, para que permanezca en el tiempo, para que se impregne en las nuevas generaciones de ese Otavalo, encantador, maravilloso y mágico.

Miguel Ángel Rueda  
Diciembre, 2020

# OTAVALO Y SU ENCANTO



Rincón encantado del planeta  
donde abundan ángeles y hadas  
diablos, diablillos y duendes  
en todos tus espacios mágicos  
embellecidos por prodigio natural  
apurando diálogos en tiempos sin tiempo.

Potreritos, parques y placitas  
donde pasean duendecillos  
socavones donde nacen aparecidos  
portales de donde salen lloronas  
a pasear coquetos con creencias populares.

Maizales que apuntan al cielo  
simulando ejércitos dorados  
prados verdes jugando con el viento  
como alfombras voladoras  
donde cantan colibríes y gorriones.

El lechero celoso vigilante  
del espejo celeste del lago  
lágrimas eternas  
del Taita Imbabura  
al lado de su amada  
ciudad hechizada  
del Valle del Amanecer.

Flautas poseídas entonando  
melodías y sanjuanés  
ocarinas que lloran solas  
tambores que redoblan compases  
fiestas de magos, brujos y amautas.

Todos tus espacios tienen  
historias, historietas y fábulas  
de sachas runas y corazas reales  
que brotan todos los días  
de la memoria comunal  
y engrandece su moral.

Se inventaron romances imposibles  
amores tortuosos y sufridos  
también amoríos florecidos  
con demencias cuerdas  
y corduras efímeras.

La locura es un estado  
alucinante de invención  
de cuentos y leyendas  
abonando la creación  
con ficciones cuasi reales  
bendecidas del creador,  
alumbradas por el sol  
orientadas por la luna  
guiadas de fugaces estelares.

Fernando Larrea Estrada  
Quito, noviembre, 2020

## EL REGISTRO ORAL

Nadie puede desconocer que Imbabura y en especial Otavalo es un centro enriquecido por su gente, sus lagunas, su gastronomía, sus lugares míticos y una gama amplia de producción colectiva y anónima, donde subyace la cultura de un pueblo que se hace y rehace todos los días.

Mi interés por el relato oral nace en la niñez, cuando escuchábamos a mis padres contar los relatos que sus padres y abuelos les habían contado cuando eran niños. Oírlos era toda una aventura. La conversación fluía en las noches y todo se volvía mágico y maravilloso. Las palabras y la memoria dibujaban leyendas, mitos, cuentos y vivencias propias y ajenas que nos envolvían, cautivaban y asustaban. Historias que también nos dejaban lecciones de vida y que siempre llevaban nuestros corazones de vuelta a la familia, a mis padres y abuelos, y a nuestro centro de origen: Otavalo.

Más tarde, la combinación de cultura, historia y tradiciones que había heredado de mi familia me llevó a recopilar la memoria colectiva de nuestra tierra en un trabajo de postgrado. En ese proceso, el profesor Luis Ubidia, reconocido maestro otavaleño de muchas generaciones, se convirtió en un informante muy importante. Me dio con extrema generosidad lo que había recopilado durante toda su vida como docente y, al hacerlo, entregó a su ciudad un inmenso patrimonio cultural. A él, mi especial agradecimiento y a todos los prestigiosos otavaleños que me transmitieron la memoria oral de nuestro pueblo que está compilada en el presente libro.

Dorys Rueda

## LEYENDAS, HISTORIAS Y CASOS



### ES NECESARIO

Rescatar el arte oral por ser un camino que nos aproxima a los valores, costumbres y creencias propias del pueblo otavaleño, que es autor y destinatario de las producciones orales que se han transmitido de generación en generación.

### NUESTRO DEBER

Salvaguardar los registros orales para reencontrarnos con el pasado y mantener viva la memoria colectiva de los otavaleños. Solo así, podremos entender cómo nuestro pueblo pensó, vivió, se comportó y construyó su mundo de magia, creencias y supersticiones.

# EL MAL



Autora: Amparito Nicolalde Benítez  
Título: El mal en Otavalo  
Técnica: pastel

## PACTO CON EL DIABLO: LA ALIANZA

Fuente Oral: **Ángel Rueda Encalada**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavalo, 1985



Cuentan que en la ciudad de Otavalo vivía un hombre muy pobre que no tenía con qué dar de comer a su esposa y a sus hijos. Nadie le daba trabajo.

Cierto día, este desdichado se encontró con un ser extraño: alto, delgado, con ojos penetrantes y nariz recta. Le preguntó qué le ocurría y el hombre le contó sus miserias y cómo la familia pasaba por tantas necesidades.

El extraño lo escuchó atentamente y le dijo que podía ayudarlo, si acudía a las 12 de la noche a reunirse con él, en el bosque más cercano, al lado de la quebrada. El hombre se quedó petrificado, porque sus padres alguna vez le habían comentado que el compacto con el diablo era un ceremonial terrorífico, mediante el cual la persona se entregaba a Satanás para adquirir bienes materiales o poderes sobrenaturales. Pero sobreponiéndose al miedo, aceptó ir.

Como había prometido, el hombre acudió al lugar a la hora fijada. Al ingresar al bosque y bajar a la quebrada, la poca claridad del cielo se perdió. Casi no podía caminar por la oscuridad reinante y el silencio era tan sobrecogedor que podía escuchar los latidos de su propio corazón. De pronto, entre las llamas de fuego, apareció el hombre que había visto en la mañana. Se detuvo de golpe para evitar quemarse.

El extraño le dijo: -Soy Lucifer, rey de los infiernos. Toma este dinero, te doy en cantidades inimaginables para que te dure 10 años.

- ¿Cómo debo pagarte? - manifestó el hombre.

-Al cabo de 10 años, debes regresar nuevamente a este lugar, dijo Satanás, a esta misma hora. Estaré aquí, esperándote y me llevaré tu alma al infierno.

El nuevo rico se olvidó muy pronto de las palabras de Lucifer. Vivió con felicidad durante 10 años. Se compró una gran hacienda para vivir allí con su familia, contrató empleados para que trabajaran en el campo y viajó por todos los países del mundo. También, se dedicó a auxiliar a los pobres y a los enfermos que necesitaban sobrevivir y curarse, a toda persona que sufría hambre o había tenido algún percance económico. Así, se volvió famoso. La gente le quería, respetaba y admiraba.

A los 10 años, sus hijos ya no estaban más con él, pues se habían casado e ido a vivir fuera del pueblo. El dinero que había recibido del diablo, casi se había terminado, por los gastos y la ayuda que había dado a las personas del lugar. A medida que se acercaba el día de la reunión con Lucifer, el hombre se arrepentía del pacto que había hecho. Sin poder más del sufrimiento, fue a confesarse con el sacerdote de la única iglesia que

había. Le contó del compromiso que había hecho con el diablo, años atrás y se mostró muy arrepentido de ese gran pecado. El cura lo absolvió y de penitencia le mandó a rezar y a deshacerse de todo lo que había comprado con el dinero de Satanás. Le dijo que el día de la reunión llevara al bosque una buena cantidad de agua bendita y dos niños recién bautizados, que debían llorar en el momento en que apareciera Lucifer.

Así lo hizo el hombre. Ingresó al bosque y luego a la quebrada, llevando agua bendita y a dos de sus nietos recién bautizados. El momento en que apareció el diablo, el hombre pellizcó a los niños y estos se echaron a llorar de inmediato. Lucifer, entonces, retrocedió, lo que aprovechó el hombre para tirarle agua bendita, hasta que el espectro desapareció.

El ciudadano consiguió un sencillo trabajo para sobrevivir. Hasta su muerte, fue ejemplo de humildad y amor. En su pobreza, jamás dejó de socorrer al necesitado.

## SATANÁS EN LA CASCADA DE PEGUCHE

Fuente oral: **Ángel Rueda Encalada**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavaló, 1983



Cuenta la leyenda que una tarde, hace muchísimos años, el Jefe Político de Otavaló había viajado a Peguche por invitación de un indígena, en cuya casa se daba una fiesta, en la que había abundante bebida.

Llegó al festejo y con alegría tomó un trago, luego otro, hasta que perdió la cuenta. Como ya se acercaba la medianoche, aunque ebrio, había resuelto retirarse para regresar a Otavaló. Se despidió de su anfitrión y de los invitados, montó su caballo con ayuda de algún samaritano y emprendió el retorno.

A las doce de la noche, cuando pasaba por la Cascada de Peguche, el caballo súbitamente se detuvo y por más que el hombre intentaba hacerlo caminar, el jamelgo se negaba. Ante esta deplorable situación, el Jefe Político pensó que lo mejor sería bajarse del caballo para examinar al animal, aunque en el intento podía caerse y salir malherido. Se arriesgó y cuando pisó tierra, agradeció al cielo. Al revisar al animal, se percató que echaba espuma como poca cosa.

A pocos pasos, miró algo que le dejó paralizado del terror. Un hombre que no tenía cara ordenaba a unos indígenas que se formaran en fila. Cuando ya estaban listos, llamaba al primero y le decía que bajara la cabeza. Cuando el indígena lo hacía, el hombre sacaba una espada y le cortaba de un tajo. Aterrorizado, el Jefe Político vio cómo la cabeza iba a parar en el suelo. Después llamó al segundo de la fila y le hizo exactamente lo mismo que al primero. Después vino otro y luego, otro...

El hombre creyó que deliraba. Se frotó los ojos para despertar de la visión y, mientras lo hacía, se dirigió a la cascada para recoger un poco de agua con sus manos y refrescarse el rostro. Cuando intentó hacerlo, vio que en el centro de la corriente estaba el ser más repugnante del mundo, tenía dos cuernos y una cola enorme. Era quien daba la señal al verdugo, para que cercenara las cabezas de los indígenas.

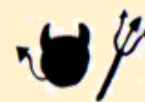
En ese mismo instante, el caballo salió despavorido del lugar. Para suerte suya, logró agarrarse del rabo del animal y ponerse bajo su vientre. Así, llegó el Jefe Político hasta Otavaló, vivo pero muy asustado, topándose la cabeza para asegurarse de que estaba en su lugar y que no le había pasado nada, que se había salvado del demonio. El caballo, en cambio, no tuvo tanta suerte: enfermó y al día siguiente, murió.

## EL CARRO FANTASMA

Fuente oral: **Ángel Rueda Encalada**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavalo, 1992



Se cuenta que una noche, un joven de Otavalo esperaba impaciente en la carretera. Dos horas habían pasado y ningún carro se asomaba para llevarle a Ibarra, en donde le esperaba un familiar con quien debía cerrar un negocio al siguiente día. Se arrepintió de haberse quedado en la cantina, bebiendo unos tragos hasta tan tarde.

La oscuridad era sobrecogedora, hacía frío. Habían dado las 12 de la noche y el viento soplaba muy fuerte. El joven, un poco mareado por el licor que había ingerido, se puso inquieto. Recordó lo que siempre le había dicho su madre: "Que las doce de la noche era una hora pesada, que ningún cristiano debía estar fuera de la casa y peor, si el sujeto estaba borracho, porque el diablo haría con él lo que quisiese".

Por un momento quiso regresar a su casa, diciéndose a sí mismo que la diligencia podía esperar, que tal vez no era el negocio de su vida. Pero se quedó inmóvil, pegado al suelo. Si volvía a la casa, su madre le iba a decir de todo, hasta podía echarle del lugar, porque ya le había advertido que no tomara ni una sola gota. Imposible, se dijo, no valía la pena terminar durmiendo en la puerta de la casa o peor, en la vereda y con el frío que hacía.

De pronto, divisó a lo lejos un auto negro que venía a toda velocidad. El conductor prendía y apagaba las luces y accionaba la bocina del carro, con mucha fuerza. No era un carro cualquiera, era grande y lujoso. El pito era tan fuerte que seguramente todo Otavalo debía escucharlo. Qué suerte, se dijo, hasta pensó que iba a saltar del gusto, pero no lo hizo, porque temió que podía caerse, pues le costaba mantenerse en equilibrio.

Tuvo la intención de alzar los brazos para que el conductor se detuviera, pero tampoco fue necesario, pues este paró el carro justamente a su lado y en el preciso momento en que la puerta se abría e intentaba subirse, una dama que nunca supo de dónde había salido, le apartó bruscamente del auto, con tal fuerza que el muchacho ahora sí terminó en el suelo.

Cayó pesadamente y del golpe, se le pasó la borrachera. Acostado en el filo de la carretera, miró cómo el vehículo que se había detenido desaparecía ante sus ojos de forma misteriosa, mientras una voz angelical, en medio de la oscuridad, le musitaba al oído: "Por la Señora te salvaste".

Temblando del miedo, logró incorporarse. Elevó su mirada al cielo para agradecer a la Virgen María que el demonio no le hubiera llevado con él.

## EL HUIÑA GÜILLI

Fuente oral: **Luis Ubidia**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 1985



Otavalo, hace muchísimos años, era un pueblito de pocas familias, donde todos se conocían, más por los sobrenombres que por los mismos nombres o apellidos. Las casas eran pequeñas y sus calles estaban cubiertas de polvo. Muchos de los habitantes trabajaban en el campo, otros, en las haciendas que estaban cerca del pueblo.

Una noche, cierto otavaleño regresaba precisamente de una hacienda, donde había trabajado por tres días. Se dirigía al pueblo en un caballo negro, al que animaba para que fuera más rápido. Tenía que apresurar el paso, pues no quería llegar a la casa a la medianoche. Esa hora era siempre "pesada".

Lamentablemente, cuando llegó al puente del Tejar, dieron las doce de la noche. El hombre se puso inquieto y un escalofrío le recorrió el cuerpo. El caballo, poco a poco, disminuyó la velocidad, hasta detenerse por completo en la mitad del puente.

El hombre no sabía qué hacer. Se bajó del caballo para ver qué le había sucedido al animal. En ese preciso momento, divisó un bulto que estaba a unos pocos pasos. Al acercarse, miró que se trataba de un niño recién nacido, envuelto en una tela. Asumió que lo habían abandonado y por esta razón, lo alzó y le acarició la cabecita con dulzura. Después, lo colocó bajo su poncho y regresó donde estaba parado el jamelgo.

Cuando iba a subir al caballo, el pequeño comenzó a reírse de manera estridente. Esto le llamó la atención, porque ningún recién nacido podía reírse de esa manera. Descubrió al niño para ver qué le pasaba y lo que vio, lo dejó sin palabras. El niño había cambiado, en un abrir y cerrar los ojos, había crecido y ya tenía dientes. Con voz de hombre adulto, le dijo: "Papá ya tengo dientes, papá ya tengo cabello, papá ya tengo uñas grandes".

El hombre se quedó paralizado del miedo, pues no podía dar crédito a lo que escuchaba. El niño volvió a hablar, pero esta vez su voz era de ultratumba: "Papá, acaba de salirme cola y cuernos". En ese momento, el hombre, del susto, soltó al infante y este cayó al suelo y desapareció. El sujeto entonces se santiguó, porque se había topado con el mismo demonio que había adoptado la figura de un niño.

Llegó a su casa, más muerto que vivo, con el caballo que casi no quería caminar. Al siguiente día, el animal murió.

## EL CUCO

Fuente oral: **Angelita Rodríguez Hidalgo**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavalo, 1980



Los padres, cuando sus pequeños hijos habían hecho alguna travesura, no comían, no dormían a tiempo o se portaban mal, se valían de dos figuras espectrales, macabras, para que sus niños tuvieran miedo y acataran las pequeñas reglas de la casa.

Era frecuente, entonces, escucharlos mencionar al "**duende**", que se presentaba en la noche para llevar a los niños "malcriados" a su cueva. Si esto no aterrorizaba a los pequeños, mencionaban al más asustador de todos: "**El cuco**", presencia infernal de la noche que podía comerles vivos, si se habían portado mal o cargarles con él a su escondite, al "infierno".

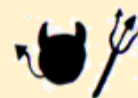
Estas menciones, en todos los casos, surtía el efecto deseado. Los niños volvían a acatar las pequeñas disposiciones de los progenitores. Todo, menos ver "cara a cara" al duende o al cuco.

## LA MANO NEGRA

Fuente oral: **Ángel Rueda Encalada**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavalo, 1993



Una familia pobre de Otavalo tenía la costumbre de comer con frecuencia el delicioso morocho de leche, acompañado de un pedazo de pan. La madre preparaba con esmero esta bebida para su esposo y sus tres hijos, pero les decía que solo podían tomarla durante la mañana o a más tardar en la tarde, de ningún modo en la noche. El esposo y los chicos, intrigados, le preguntaron la razón de tal disparate, pero la mujer solo atinaba a decir que jamás prepararía ese platillo, pasadas las 6 de la tarde.

Un día, el marido tuvo antojos de morocho de leche en la noche, pero la mujer, como siempre, se negó a prepararle. Le dijo que sentía mucho no poder complacerlo, pero que la gente del pueblo decía que esa bebida era la preferida del diablo y que, si alguien se atrevía a probarla en la noche, el demonio iba a presentarse en la mesa de los comensales para comer con ellos y luego, llevarse al infierno a quienes se habían servido el morocho de leche con él. El marido se enfureció mucho con la mujer. Le dijo que era una holgazana y que la pereza le había llevado a inventar esos desatinos.

Una noche fueron los tres hijos los que quisieron servirse el tal morocho de leche, porque se morían de hambre. Cansados de suplicar a su madre que hiciera la bebida, decidieron ellos mismos prepararla, aprovechando que el padre no estaba en casa y la madre se había ido a recostar un momento.

El instante en que el morocho de leche estuvo listo, los hermanos fueron por el pan y se dispusieron a comer. Cuando los chicos llevaban la cuchara del morocho a su boca, esta fue detenida por una mano negra llena de pelos. Las velas que estaban encendidas se apagaron y todos escucharon cómo alguien, lentamente, les respiraba en el oído. Gritaron y salieron disparados en busca de su madre.

La señora, al oír tan horribles gritos, salió a su encuentro. Sus hijos le contaron que habían preparado el morocho de leche, pero en el momento de servirse, una mano negra y peluda había evitado que se llevaran el alimento a la boca. También, le dijeron cómo las velas se habían apagado y cómo alguien les había respirado en el oído.

La madre se fue al cuarto donde comía la familia, pero no encontró a nadie. Las velas estaban encendidas y el morocho de leche estaba intacto en las tazas, enfriándose. Todo parecía normal. La madre, entonces, retó a los chicos por desobedientes y les mandó inmediatamente a dormir. Desde ese día, los hijos nunca más pidieron a su madre que preparara en la noche el delicioso morocho de leche.

# LA MUERTE



Autor: Pedro Nicolalde Rengifo  
Título: La muerte  
Técnica: arte digital

## LA CAJA RONCA DE OTAVALO

Fuente Oral: **Ángel Rueda Encalada**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavaló, 1985



En la ciudad de Otavaló, cerca del Cementerio, vivía la mujer más curiosa del mundo. Era, pero tan curiosa, que apenas comía por espiar y al menor ruido, se asomaba a la ventana para ver qué estaba pasando afuera de su casa, sin importarle si fuera de día o fuera de noche.

Si escuchaba voces, dejaba cualquier otra actividad para asomarse a la ventana y enterarse sobre qué estaba la gente conversando. Peor aún, si oía alguna pelea, quería saber quién reñía con quién y el porqué de la reyerta. Otras veces, escuchaba pasos y salía con prisa, porque sabía que se trataba de algún cortejo fúnebre. Entonces, preguntaba quién había muerto, por qué razón y cuántos días lo habían velado en la casa. Todo detalle le era imprescindible.

Pero, en una ocasión, le ocurrió algo que le sirvió de lección para toda la vida.

Una noche, alrededor de las doce, la curiosa se hallaba profundamente dormida, cuando se despertó sobresaltada por un ruido que venía desde la calle. Se quedó quieta por un momento y sintió miedo, pero su curiosidad pudo más. Se levantó de la cama y escuchó el chasquido de unas cadenas que se arrastraban por el suelo y los quejidos lastimeros de alguien. Abrió la ventana y vio que se trataba de un cortejo fúnebre. La curiosa se extrañó que hubiese uno a esas horas.

Todos los que acompañaban a la carroza vestían de negro entero. Los varones llevaban una capa que les cubría el cuerpo y las mujeres, una chalina larga que les tapaba el rostro.

Tentada por la curiosidad, llamó a uno de los hombres que caminaba detrás del ataúd, para que le dijera quién era el muerto. -Mañana lo sabrás-, le respondió el hombre. Como la mujer volvió a preguntar, este le dijo con voz ronca: -Toma este cirio verde que yo vendré por él mañana, a esta misma hora-. Luego, se dio la vuelta y sin que la mujer pudiera decir ni pío, se unió nuevamente al cortejo.

A la mañana siguiente, sin poder más de la curiosidad, la mujer fue a mirar el cirio verde que le había entregado el hombre, pero cuál sería su sorpresa al encontrarse que este había desaparecido y en su lugar estaba la canilla de un muerto. Muy asustada, se dirigió a la iglesia a confesarse con el señor cura.

El sacerdote le escuchó con atención y le dijo que todo era obra del diablo, por el pecado de espiar. De penitencia, le mandó unas oraciones y le dio indicaciones precisas que debía cumplir esa noche, cuando el hombre regresara por la vela.

La curiosa, siguiendo al pie de la letra lo que le había mandado el padre, buscó a doce niños pequeños que estaban aprendiendo a hablar. Ya llegada la medianoche, justo un poquito antes de las doce, frente a la puerta de su casa, formó un círculo con los once niños y se colocó dentro de él, con el niño de mayor edad.

A las doce en punto, apareció el hombre frente a la casa y la curiosa se puso a temblar del miedo. Entonces, empezó a pellizcar a cada uno de los niños que formaban el círculo para que rompieran en llanto. Mientras el niño que estaba en el interior, le entregaba la canilla del muerto.

El hombre tomó lo suyo, pero antes de partir le dijo: -El llanto de estos pequeños inocentes te ha salvado. Si no fuera por sus lágrimas, estarías yéndote conmigo al infierno.

La mujer aprendió la lección: dejó de ser curiosa.

## LA CAJA RONCA: EL CORTEJO FÚNEBRE

Fuente oral: **Luis Ubidia**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 1985



Hace muchísimos años, un habitante de la comunidad de Espejo solía viajar a Otavalo para divertirse. Iba de cantina en cantina, tomaba un trago por aquí y otro trago por allá. En la madrugada, regresaba caminando hasta su casa, sin poder sostenerse en pie. Su madre, angustiada, no podía dormir hasta que su hijo llegara. Siempre le decía que no se hiciera tarde, porque la Caja Ronca podría sorprenderle por el camino. En la ciudad, se hablaba de una procesión de almas en pena que deambulaba por todo lado, haciendo un ruido infernal.

En cierta ocasión, el joven había bebido más de la cuenta, más que otras veces, por lo que sus amigos le pidieron que se quedara a dormir en Otavalo, que no se fuera al Espejo, porque era muy peligroso ir a pie a medianoche, que podía ocurrirle algún percance. El hombre no les prestó atención y como siempre, emprendió el regreso por la calle Bolívar.

El joven, cuando caminaba, jamás regresaba a ver a ningún lado, pero en esta ocasión, apenas había salido a la carretera, camino al Espejo, alcanzó a escuchar unas voces y una melodía lastimera espeluznante. Entonces, regresó a ver y se detuvo en seco, al mirar una procesión que salía también de Otavalo. Todos eran varones, vestían de negro y los abrigos pobres que llevaban puestos rozaban el suelo, produciendo un sonido muy particular. Caminaban lento, de manera acompasada, como si les pesara hacerlo, como si llevaran una carga en sus pies. Entonaban canciones que nunca había escuchado, que le ponían los pelos de punta. Llevaban en sus hombros un ataúd bien iluminado, con una fotografía en el centro.

Al final de la procesión, venían dos hombres encapuchados, a los que no se les veía ninguna parte del cuerpo. Eran los que tocaban la flauta y el tambor. Precisamente, el golpeteo del tambor y el ruido de la flauta le aterrorizaban, al punto que se le pasó la borrachera en un segundo. Pensó, entonces, que las advertencias de su madre se habían hecho realidad: estaba ante la procesión de las ánimas. Un frío intenso le recorrió el cuerpo.

Venciendo el miedo, pero sin poder contener su curiosidad, se atrevió a preguntar a uno de los hombres quién era el muerto. El hombre, con una sonrisa diabólica, le respondió: - "David Salazar era su nombre" - y siguió caminando con el cortejo. El joven se quedó paralizado del terror, pues ese era su nombre, se llamaba David Salazar. Angustiado, se dirigió a un segundo hombre del grupo para preguntarle quién era el muerto. Al igual que el primero, este, después de soltar una carcajada maléfica, le respondió: - "David Salazar era su nombre" y luego, siguió caminando con el cortejo. Al borde del colapso,

el muchacho se armó de valor para detener a un tercer hombre y preguntarle quién era el muerto. El hombre le miró fijamente, sus ojos destellaban fuego y después de soltar una carcajada diabólica, le contestó: - “A David Salazar vamos a enterrar” y rápidamente se unió a la procesión.

El hombre, muerto de miedo y casi sordo por los golpes del tambor y el ruido de la flauta, llegó al Espejo, al mismo tiempo que la procesión. Solo entonces, dejando de lado el pánico, se dirigió al ataúd para ver la fotografía del muerto y cuando alcanzó a verla, se dio cuenta de que se trataba de su propio retrato. En ese mismo instante, cayó muerto al suelo, echando espuma por la boca, mientras la comitiva fúnebre, con tambor y flauta, desaparecía misteriosamente entre la oscuridad.

## LOS APAGA VELAS

Fuente oral: **Luis Ubidia**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 1986



Hay versiones con algunas variantes de por qué a los otavaleños nos llaman “Apaga velas”. Una de las versiones cuenta lo que sucedió una noche, en un juego de mesa, entre otavaleños e ibarreños. Los otavaleños, para ganar la partida, apagaron las velas en pleno juego y luego, se llevaron las apuestas.

Edison Patricio Vásquez amplía esta historia: "La versión del apodo que conoce todo otavaleño es la de un juego de cartas, entre otavaleños e ibarreños. Los otavaleños, al estar perdiendo el juego, apagaron las velas y salieron corriendo. Cuando los ibarreños les perseguían, les gritaban: *Apagaveeelaasss* y como no podían alcanzarlos, a lo lejos, escuchaban que los otavaleños les gritaban *Patooojoooss*".

Oswaldo Andrade Sandoval, en tanto, agrega: "Existía una tremenda rivalidad entre Otavalo e Ibarra por asuntos de campeonatos deportivos, especialmente, de fútbol. Los Ibarreños nos decían *Apaga velas* y los Otavaleños les decíamos *Patojos*.

A continuación, les presento la leyenda de los “Apaga velas”, que me contó el profesor Luis Ubidia hace muchos años.

Los otavaleños, al igual que los habitantes de otras ciudades, tenemos un sobrenombre, un mote distintivo que nos caracteriza. El nombre de “Apaga velas” nos viene desde tiempos muy remotos.

Hace muchos años atrás, un gran número de comerciantes solía llegar a Otavalo, con el objeto de vender su mercadería en la plaza de la ciudad. Como el regreso tomaba mucho tiempo, debían quedarse en la ciudad por lo menos una noche.

Algunos pedían posada en una casa; otros, los más, se quedaban en el portal del mercado, cobijados por su propia ropa o por la mercadería que escondían con mucho celo, al igual que el dinero para evitar el robo que era frecuente en ese lugar.

Una noche, a las doce, poco antes de disponerse a dormir, tuvieron una aparición espectral. Vieron cómo se les acercaba una procesión conformada por unos cinco hombres vestidos de negro, que llevaban a cuevas un ataúd. Al frente del grupo, iba un esqueleto que llevaba una vela prendida. Los asustados comerciantes pensaron que se trataba de la mismísima “Caja Ronca”, por lo que salieron disparados del lugar, abandonando la mercadería que con tanto celo habían escondido. El esqueleto, al ver que la gente huía despavorida y no quedaba ni una sola alma en el lugar, recogía sin prisas el dinero y la mercancía que habían abandonado los comerciantes en el suelo.

La aparición de la caja ronca se volvió, desde entonces, muy frecuente. Los mercaderes ya no querían viajar a Otavalo, peor, quedarse a dormir en la ciudad.

Dos jóvenes otavaleños, dejando de lado el miedo, decidieron investigar a la famosa caja ronca. Una noche, esperaron pacientemente su aparición, escondidos tras unos bultos de ropa. A las doce en punto, vieron cómo se les aproximaba una procesión infernal: cinco hombres vestidos íntegramente de negro llevaban a cuestas un ataúd y un esqueleto iba al frente del grupo, con una vela encendida. Cuando el cortejo pasó junto a ellos, ambos jóvenes saltaron sobre el esqueleto. El uno, de un soplo, apagó la vela que llevaba prendida el esqueleto. Mientras el otro, le sujetaba el cuello y se daba cuenta de que el esqueleto no era tal, llevaba un disfraz que se le caía en ese momento.

Por la valentía del primer joven otavaleño, al enfrentarse con un espectro y apagar la vela, nos viene el mote de “Apaga velas”. Nombre que llevamos con orgullo, hombres y mujeres, como símbolo de valor.

En relación con esta leyenda, Oswaldo Andrade Sandoval manifiesta que su abuelo, don Rafael Sandoval, le contó que una forma de alejar a la *Caja Ronca* era con el *Sachamuyo*, tres pepas negras que los bohemios de la época siempre llevaban en su bolsillo.

## LA MUERTE

Fuente Oral: **Ángel Rueda Encalada**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavalo, 1995



Se cuenta que una noche un viejito iba por la quebrada, quejándose de su suerte: ya no podía trabajar, como lo hacía cuando era joven; no tenía dinero, porque sus hijos se habían llevado todo lo que pudieron y ya no se acordaban de él; su salud tampoco era muy buena, todo el cuerpo le dolía y ya no tenía a quien querer, pues su esposa y sus amigos se habían muerto hace tiempo.

Mientras el viejito lanzaba gemido tras gemido, dieron las doce de la noche. Ya cansado, se sentó en una piedra grande. En ese momento, sintió que alguien se sentaba a su lado. Regresó a ver y se encontró con un bulto negro, a poca distancia suya. Se frotó los ojos y cuando volvió a abrirlos, se topó con un hombre vestido íntegramente de negro, al que no podía verle el rostro. Sin temor, el anciano se atrevió a preguntar:

- ¿Quién eres? La aparición contestó con voz de ultratumba: -La muerte y vengo a llevarte conmigo.

Solo entonces, el viejito sintió miedo y le pidió que todavía no le llevara con él, que quería vivir un poquito más. El hombre lo escuchó por un momento, pero luego se cansó y se paró bruscamente. En este instante, el anciano alcanzó a ver su rostro esquelético y quiso levantarse, huir, pero sus piernas no le obedecían y se quedó sentado. La muerte tomó la hoz que había dejado a poca distancia y habló nuevamente: -Hombre, basta de tanta queja y llanto. De aquí en adelante, no vivirás para lamentarte de lo que no tienes, te conformarás con tu suerte, con lo que tienes. No quiero volverte a ver en mucho tiempo.

## EL SACRISTÁN

Fuente oral: **Ángel Rueda Encalada**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavalo, 1995



Hace muchísimos años, cuando en Otavalo había una sola iglesia, vivía un sacristán que era tremendamente pícaro. Los domingos esperaba afuera del templo a que llegaran las chicas jóvenes y cuando estas pasaban por su lado, les lanzaba una serie de piropos que les hacía sonrojar y apresurar el paso.

Dentro de la Iglesia, evitando que los padres de las jóvenes lo vieran, les guiñaba un ojo y al menor descuido, las quería pellizcar. Cuando las muchachas salían del santuario, las silbaba para llamar su atención, aunque ellas nunca regresaban a verle. Los que sí volteaban la mirada eran los hermanos de las chicas. Entonces, el pícaro les decía: “Hola, cuñados”, en voz alta, para que todos escucharan.

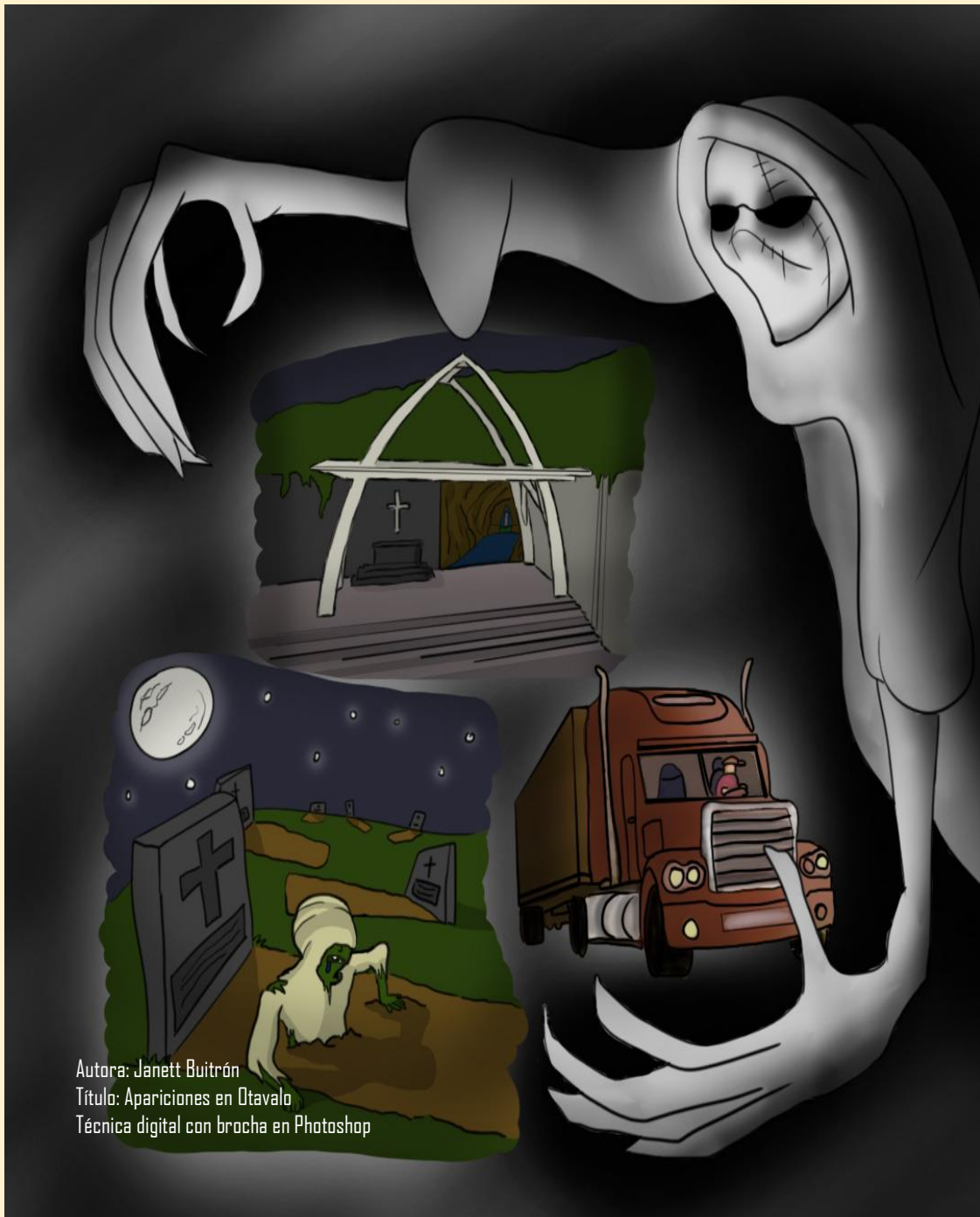
El hombre era tan pícaro que cuando veía a los borrachos en la calle, en la madrugada, haciéndose el samaritano se ofrecía a acompañarles a sus casas. Cuando llegaban y querían abrir la puerta, el hombre les sujetaba fuertemente del saco y luego, les amarraba con una cuerda al poste de la luz. A las siete de la mañana, el pícaro volvía por el lugar y, haciéndose el bueno, avisaba a las mujeres que sus maridos estaban pegados al poste. La diversión para él era grande, cuando las pobres señoras, atónitas, contemplaban el dantesco cuadro.

La última actividad del pícaro era ir a la madrugada del tercer día de velación de algún muerto. Cuando los familiares y amigos del difunto se dormían, por el agotamiento de los días anteriores, el sacristán se dirigía al ataúd y sentaba al muerto en una silla y luego, se marchaba. Todo para que alguien se despertara y viera al fallecido y se espantara de muerte.

Pero para sorpresa suya, una madrugada, cuando estaba sentando a un hombre muerto, este se levantó de un solo tirón y mirándole a los ojos le dijo: - ¿Por qué no me dejas descansar? El pícaro, del susto, se murió en ese mismo instante.

Lo que ocurrió sirvió de mucho a la comunidad, dejó una enseñanza: ningún otavaleño debe burlarse ni de los vivos ni de los muertos.

# APARICIONES



## LOS FANTASMAS

Fuente oral: **Luis Ubidia**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 1985



Las historias de encuentros con fantasmas vienen desde la época de la colonia y su diversidad es grande. Se cuenta que eran espectros sin pies ni cabeza y se aparecían a la gente de forma diversa. Por ejemplo, a los borrachos se les presentaba, cuando salían de las cantinas de Otavalo y se dirigían a sus casas. La aparición revoloteaba a su alrededor y caminaba junto a ellos hasta que los beodos, del puro susto, se desplomaban en el suelo.

Otros fantasmas se aparecían a los enfermos que padecían una grave dolencia o habían sufrido un aparatoso accidente y se encontraban en sus casas o en un centro de salud. La aparición era un mal presagio y significaba una muerte segura para el infortunado. Los familiares rezaban para que no se apareciera ningún espectro.

Otras veces, los fantasmas se asomaban ya avanzada la noche a los autos y buses que transitaban por la Panamericana Norte. De lejos, un fantasma parecía ser una persona que pedía al chofer que se detuviera, pero cuando paraba el vehículo, una forma inmaterial cadavérica subía al transporte.

Otras apariciones se presentaban en el cementerio de la ciudad, a partir de las 6 de la tarde, que era la hora pesada. Allí, los fantasmas tomaban la forma de muertos amortajados que reposaban al lado de las tumbas. Cuando las personas se acercaban a ver los bultos, los fantasmas se elevaban y se iban a posar en otros sepulcros. La gente, presa del pánico, salía gritando del lugar.

## EL FANTASMA DEL SOCAVÓN

Fuente Oral: **Ángel Rueda Encalada**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavalo, 1995.



Hace muchísimos años, la gente tenía miedo de pasar por la Gruta del Socavón, a partir de las seis de la tarde. Las personas decían que allí merodeaba un fantasma de gran estatura, que no permitía el paso a ningún ser humano.

Un día, un sastre que tenía más de 12 oficiales les dijo a sus trabajadores que él sí podía ir solo al Socavón y lo haría esa misma noche, a coger piedrecitas en la Gruta para llevarlas de regalo a su esposa. No, a las seis de la tarde, sino a las doce de la noche

Cuando llegó la hora, el valiente sastre entró a la Gruta y lo primero que divisó fue un bulto negro, como de dos metros de altura, de cuyos dedos salía una especie de luz. “Este es el fantasma”, se dijo a sí mismo. Entonces, de un salto, le propinó un fuerte puñetazo, justo en la barbilla. El fantasma inmediatamente cayó al suelo y ahí mismo, el sastre lo remató, golpeándole en todo el cuerpo. Sin poder más, el fantasma empezó a gritar: “Maestro, maestro, soy su operario”.

Todo salió a la luz. El tal fantasma era uno de sus trabajadores, que se divertía asustando a la gente que entraba a la Gruta, a partir de las seis de la tarde. Se vestía de negro, se subía en dos maderos para aparentar ser un gigante y se colocaba algo luminoso en sus dedos para dar una imagen macabra

## EL CAMINANTE QUE FLOTABA

Fuente oral: **Alberto Buitrón**  
Transcripción: **Janett Buitrón**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 2020



Cuando éramos niños, vivíamos en el campo con nuestros padres, en un lugar hermoso pero desolado. Nuestros pocos vecinos se encontraban a 2 o 3 km de distancia. En una noche oscura y silenciosa, mi padre nos contó una historia insólita, lo que le había ocurrido en uno de sus tantos viajes por la carretera: un extraño suceso, difícil de creer.

Circulaba por las curvas de Otón, a medianoche, cuando vio a un caminante a un lado de la carretera. Le pareció muy extraño ver a una persona a esas horas y, como tenía la costumbre de ayudar a la gente, decidió ir más despacio para ver si necesitaba un aventón, pero cuando se acercó, se dio cuenta que solamente era una silueta que flotaba. Un frío helado le recorrió el cuerpo y sus cabellos se le erizaron. Instintivamente, con su mano, bajó el sombrero que, a la par del cabello, se había también elevado. Aceleró y se alejó rápidamente del lugar, hasta llegar a nuestra casa.

## FANTASMAS EN LA IGLESIA

Fuente oral: **Alberto Buitrón**

Transcripción: **Janett Buitrón**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavalo, 2020



En Otavalo existen varias historias, muchas de ellas han sido contadas y otras faltan por conocerse. En este caso, quisiera contarles la que le sucedió a mi papá hace muchos años.

Era costumbre en Otavalo anunciar en la radio cuando una persona fallecía, mencionar la hora y la iglesia dónde sería el velatorio. Un día, mi papá estaba en su casa escuchando, como de costumbre, la radio y de repente algo le llamó la atención: era el anuncio de la muerte de una amiga cercana a él. Cuando oyó el nombre, mi papá se quedó muy apenado y decidió ir a su velorio. Tomó nota del lugar y la hora, para así poder acompañar y despedirse de su amiga.

El velatorio era en la iglesia de San Luis. Cuando mi papá llegó, se sorprendió mucho al ver que en la entrada de la iglesia estaba una mujer vestida de negro. La reconoció enseguida, era esa amiga que en la radio anunciaron había muerto. Estaba acompañada de dos señoras que, de igual manera, vestían de negro y estaban una a cada lado de su amiga. Asombrado, pensó que tal vez había escuchado mal la noticia o se trataba de alguien que llevaba el mismo nombre. Inmediatamente, las tres señoras ingresaron a la iglesia y mi padre decidió acercarse para saludarla, pero cuando entró, notó que no había más que unas cuantas personas sentadas junto al féretro. Buscó a su amiga, pero misteriosamente la mujer había desaparecido, junto a las mujeres que la acompañaban. Se acercó al altar y observó que, en efecto, a quien estaban velando era a su amiga, a la que había visto a la entrada del santuario. Había fallecido la noche anterior.

# EL DUENDE



Autor: Pedro Nicolalde Rengifo  
Título: Los duendes de Otavalo  
Técnica: arte digital

## EL DUENDE DEL MOLINO

Fuente oral: **Luis Ubidia**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 1985



Eran tiempos en que no había luz en Otavalo y los niños y jóvenes se divertían en las calles hasta entrada la noche, sin el peligro que existe hoy en día. Se jugaba a la pelota, se hacía hora social o se contaban historias.

Los padres aconsejaban a los hijos que no fueran al viejo molino en las afueras de Otavalo, junto al río Yanayacu, porque allí habitaba el duende: un ser sobrenatural que medía medio metro. Decían que se aparecía a quien él quería, después de las seis de la tarde. A veces no hacía nada, pero otras, se enojaba mucho y tiraba piedras al que pasaba delante del molino.

Un día, un joven alto y fornido que había estado bebiendo en una esquina, se atrevió a pasar por el lugar, desoyendo los consejos de los mayores del pueblo. Cuando estaba a medio metro del sitio, vio que un hombre pequeño, con un gran sombrero, se le plantaba delante de él. El muchacho se detuvo y le dijo:

-Oye, enano, apártate de mi camino, si quieres salir con vida de este lugar.

El duende, con furia, le respondió:

-No sabes con quién te metes. Si yo fuera tú, saldría disparado, en este mismo instante.

El joven, como respuesta, le lanzó toda clase de insultos, agravios y ofensas. Luego, le atacó con sus puños.

Los dos cayeron al suelo, llevando la peor parte el muchacho. Durante la pelea, no sintió los golpes certeros que le propinaba el duende, pero cuando la riña terminó, vio que estaba malherido. Le costó incorporarse y levantarse. En ese momento, se dio cuenta de que el duende había desaparecido. Del susto, se le quitó la borrachera y a toda velocidad, emprendió el camino hacia su casa.

Llegó muy agitado y contó a su familia lo que le había sucedido con el hombre pequeño. Sus parientes guardaron silencio, pero un frío glacial les recorrió el cuerpo. Al día siguiente, el joven enfermó gravemente. La familia hizo todo lo posible por salvarlo, pero el muchacho murió a las pocas horas.

La gente decía: "El responsable de la desgracia del chico es el trago, porque el duende no soporta a los borrachos y menos aún, a los pleitistas y revoltosos que pasan por el molino".

## LOS DUENDES DE OTAVALO

Fuente Oral: **Angelita Rodríguez Hidalgo**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavaló, 1985



Las leyendas son parte de la tradición oral de un pueblo, donde la fantasía se une con las creencias populares. Son historias que han pasado de generación en generación, como los cuentos y relatos sobre los duendes que, por lo general, son similares.

En algunas leyendas, son considerados espíritus traviosos y pícaros, pero buenos e incapaces de hacer daño. Pero en otros relatos, adoptan figuras desagradables, son perversos y disfrutan haciendo maldades. Prefieren a las mujeres y a los niños, a quienes martirizan a través de pesadillas y enfermedades.

En Colombia, por ejemplo, los duendes eran diminutos hombrecitos que se encargaban de atormentar a las personas de cualquier edad, especialmente a las muchachas que tenían novio. En algunos casos, sus picardías no pasaban de cambiar y esconder las cosas. Otras veces, en cambio, eran malvados, cuando se prendaban de una persona o de una familia entera, entonces iban todas las noches a tirarles piedras.

En Costa Rica, los duendes también eran pequeños, medían medio metro de altura, usaban boina grande y vestían trajes de colores. Andaban por los potreros, cafetales y caminos solitarios. Molestaban a las personas de manera persistente. Eran traviosos y perseguían a los niños de corta edad, a los que engañaban para llevarlos con ellos.

En Guatemala, los duendes eran seres pequeñitos, que habitaban en cuevas ubicadas en los barrancos, donde escondían a los niños para hacerles comer excremento de caballo hasta enloquecerlos. Caminaban con los pies volteados y emitían un chillido horrible. Fastidiaban a los campesinos, hasta hacerles emigrar hacia las ciudades. También eran traviosos, cambiaban de lugar las cosas o las escondían. En las noches, se dedicaban a tirar piedras a los techos de las casas.

En Ecuador, en la ciudad de Otavaló, los duendes eran domésticos, vivían en las quebradas, cerca de las zonas habitadas por los otavaleños. Eran pequeñitos de estatura, tenían cuerpo abultado y vestían poncho, calzón y alpargatas. Llevaban un ancho sombrero de paja, a manera de sombrilla. Así es cómo los veían las personas que pasaban por las quebradas, después de las seis de la tarde. Hora en la que decidían hacerse visibles a la gente.

Amparito Benítez, cuando estudiaba en la escuela Gabriela Mistral, recuerda que algunas niñas aseguraban haber visto al mismísimo duende en el terreno, entre la quebrada y la escuela. Ciertas profesoras que siempre perseguían a las alumnas, para que entraran a las aulas, decían a las estudiantes que el duende se presentaba a las niñas que no hacían los deberes.

A los duendes de Otavalo no les gustaba pasar desapercibidos. Cuando una familia les atraía, se instalaban en su casa para hacer travesuras, esconder objetos o cambiar de lugar las cosas. Disfrutaban grandemente de sus fechorías y si estaban a gusto en ese hogar, se quedaban por siempre. Si las familias cambiaban de ciudad, los duendes también se mudaban. Las personas que querían deshacerse de estos seres tenían que librarse de su centro de atención, de aquello que les cautivaba, fuera un objeto, un adorno o un alimento de la casa.

No tenían aficiones amorosas, pero les llamaba la atención las niñas de cabello largo y negro, de ojos saltones, a las que raptaban y llevaban a su escondite. También, les gustaba ir a las casas donde vivían niños que no habían sido bautizados.

Se aparecían a plena luz del día, cuando alguien ofendía la moral pública. Se mostraban, entonces, muy enojados y empezaban a tirar piedras a los enamorados que iban a las quebradas a retozar. No, para causarles daño, sino para asustarles y obligarles a cambiar su comportamiento. Sin duda, se dice, eran los mejores policías municipales de aquellos tiempos.

Las madres, por lo general, mencionaban al duende cuando los niños se negaban obedecer. Se les escuchaba decir: "Si no haces esto o aquello, vendrá el duende y seguro, te llevará con él".

## EL DUENDE DEL TEATRO

Fuente oral: **Luis Ubidia**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 1985



El Teatro Apolo, en Otavalo, fue construido el 10 de agosto de 1946, por don Alfonso Moreano y don Humberto Acosta, una sociedad que se disolvería en 1950.

Al mes de su funcionamiento, el teatro extrañamente se incendió, destruyéndose parte de sus instalaciones, pero rápidamente fue reconstruido por sus dueños y siguió trabajando. De allí en adelante, el teatro pasó por varios propietarios y administradores, pero siempre continuó sirviendo a la ciudad hasta su desaparición.

En 1946, cuando el teatro estaba reparándose, después del incendio, los obreros comentaban que estaba encantado.

Cuando los trabajadores laboraban, empezaron a perderse los objetos que tenían a mano. Primero, desaparecieron sus herramientas, junto con los clavos y el martillo. Luego, el dinero que tenían en los bolsillos. Una tarde, a las seis en punto, el instante en que se marchaban, alcanzaron a ver una sombra diminuta que corría por el escenario.

- ¡Es un espectro!, gritó uno de los hombres, muerto del miedo. - ¡Miren el sombrero grande que lleva!

Quienes dirigían la obra, para evitar que la ciudadanía se enterara de lo sucedido, contrataron más obreros para acelerar la reconstrucción del teatro. Tenían miedo de que la aparición terminara congregando a la gente, lo que retrasaría la construcción y, por ende, la paga.

Aunque el trabajo se aceleró, la sombra seguía corriendo por el escenario todos los días, a las seis en punto de la tarde, cuando la labor finalizaba y los obreros salían a sus casas. Ya nadie dudaba de que se trataba de un duende. Unos decían que era el mismo que habitaba en la antigua Fábrica La Joya. Otros manifestaban lo contrario: se trataba de un duendecillo nuevo que se había instalado en el teatro, para capturar a alguna jovencita de grandes ojos negros y de cabello largo.

Cuando el teatro estuvo reparado, abrió sus puertas y el duende dejó de aparecer. Su figura fue diluyéndose en la memoria de los obreros.

## EL DUENDE ENAMORADO

Informante: **Lily Villa**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Agosto, 2019



Le sucedió a Marina hace muchos años. Era oriunda de Íntag y provenía de una familia humilde; tenía cabello largo, negro y abultado, ojos grandes y negros; era una buena persona, trabajaba como doméstica en una casa antigua ubicada en la calle Juan Montalvo, junto al parque de la ciudad de Otavalo. Su patrona era una encantadora mujer, la señora Yolita Cabrera, viuda de Albuja, dedicada a la venta de fritada y del delicioso yamor otavaleño.

Bueno, en esta casa, mi tío Jaime tenía su negocio de sombreros y allí también tenía su oficina el Dr. César Guiassis.

En una esquina del patio de esta casa, había un montón de piedras y Marina, como era la encargada de poner orden y limpieza en el lugar, iba allí todos los días. Justamente, de este sitio, salía el duende, un hombrecito que le decía: “Pssss, pssss” y le mostraba una pequeña caja, con la intención de que ella la tomara. Marina, asustada, salía despavorida del patio y su miedo era tal que había contado a muchas personas sobre estas apariciones diarias. Entre ellas, a su patrona, a mi madre y a mí.

Yo, como era una niña pequeña y curiosa, le preguntaba cómo era el famoso duende. Marina me contaba que era un hombre chiquito, con un sombrero grandote. No sabíamos qué contenía la caja que le quería obsequiar el duende, porque la joven jamás se quedaba en el patio cuando este hacía su aparición y nunca se le había ocurrido a la chica aceptar la famosa cajita.

Todos los que sabían de su existencia presumían que la caja podía contener oro o dinero y que posiblemente el espectro quería darle algo valioso, porque ella se ajustaba al perfil de mujer que le gustaba al duende: de cabello largo y negro, de ojos negros y grandes. La gente aconsejaba a Marina que ignorara al hombrecito, pero las apariciones seguían siendo diarias y solo terminaron cuando la muchacha dejó de trabajar en esa casa.

## EL DUENDE DEL TEATRO APOLO

Fuente Oral: **María Elena Olmedo**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Quito, 2019



Sucedió en unas vacaciones de la escuela. Tenía menos de 10 años y mis padres me habían dado permiso para viajar de Quito a Otavalo, a visitar a mis tres primos que tenían mí misma edad y vivían justo frente al antiguo Mercado 24 de Mayo.

¡Cómo disfrutaba de esas vacaciones!

Me apasionaba leer las revistas que alquilaban en un puesto del mercado: La mujer maravilla, Juan sin miedo, Kalimán, Superman... También me gustaba jugar fútbol con mi primo; yo era quien tiraba los penales en una cancha que habíamos improvisado en la calle Modesto Jaramillo que, en ese entonces, no era concurrida y, por tanto, era segura.

Los domingos iba al cine con mis primos, en compañía de Susana, la empleada de confianza de mis tíos, que tenía el deber de cuidarnos en todo momento. Nos gustaba ir al Teatro Apolo a ver la película que nos habían autorizado, en la función de la noche. Era la mejor aventura que teníamos. Íbamos bien arreglados y peinados, lo mejor que podíamos. Entrábamos, cuando las luces estaban ya apagadas y la película había comenzado. Entonces, nos empujábamos unos a otros y hacíamos ruido hasta conseguir asientos.

En una ocasión, cuando la película que veíamos estaba por terminar, sentí que algo me golpeaba los pies. Como sabía que mis primos y Susana estaban a mi lado, ni siquiera presté atención. Sin embargo, los golpeteos se hicieron más frecuentes y ahora sí, me molestaron. Traté de acurrucarme en mi asiento, pero los golpes no cesaban. Con el raballo del ojo, miré que venían de alguien que estaba sentado junto a mí. Regresé a ver y sin poder controlarme, agarré la mano de la persona que estaba a mi lado. Entonces, me topé con un hombre pequeño, de sombrero grande, con unos ojitos chiquitos y una sonrisa burlona. Me quedé paralizada del terror. En ese instante, la película terminó, las luces se prendieron y el hombre diminuto que estaba a mi lado, desapareció por arte de magia. En ese preciso momento, recordé lo que mi abuela me había dicho tantas veces: "A las ojocitas de pelo largo, les sigue el duende". Las marcas en mis tobillos tardaron días en desaparecer.

Para mí, Otavalo siempre tendrá un encanto especial. Ya de profesional, regresé a esta hermosa ciudad en mi año de rural. Recordé, entonces, todos los felices momentos que había vivido allí. También, el fugaz encuentro con el duende, episodio que todavía me hace estremecer. A pesar de ello, me da tristeza saber que el Teatro Apolo ya no existe.

## LOS DUENDES DE LA JOYA

Fuente Oral: **María Angelita Rodríguez**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavaló, 1985



Tenía cinco años y recuerdo como si fuera el día de hoy, cómo mi madre, una mañana, me perseguía con una tijera en las manos para cortarme el cabello largo y negro que tenía, y yo cómo la evitaba, saltando de un lado a otro con rapidez.

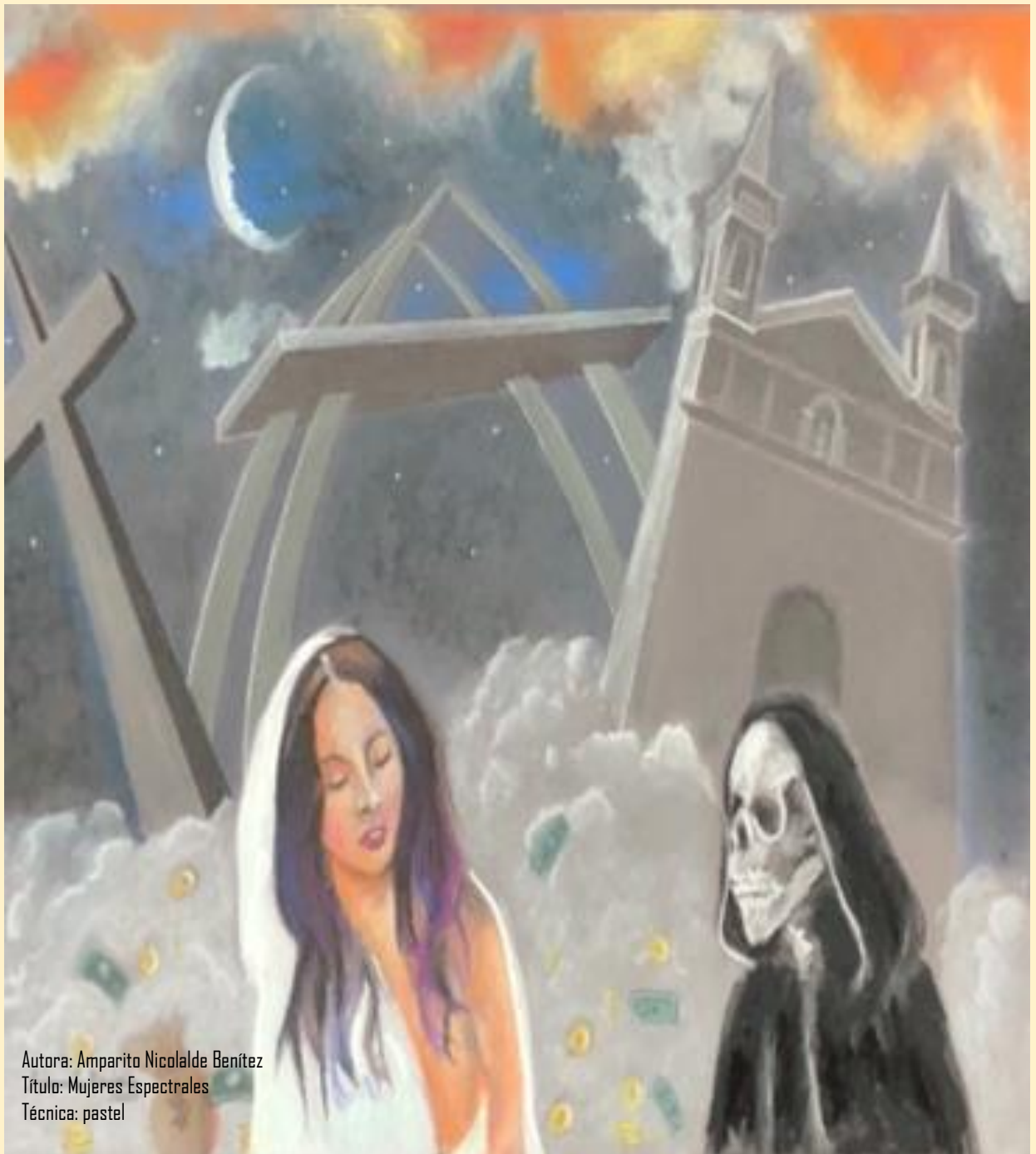
Ella, cada vez más impaciente y furiosa, empezó a hablarme de unos humanoides sobrenaturales que vivían en las afueras de Otavaló. Eran pequeños, me decía, y se los veía desde lejos por el sombrero enorme que llevaban y la espesa barba que les colgaba hasta las rodillas. Se hacían visibles en la noche, a quienes querían y se aparecían durante el día, a tirar piedras cuando estaban furiosos o algo les molestaba.

Se sienten atraído por las niñas, insistía mi madre, especialmente por las de ojos negros y grandes, por las de cabello negro y largo como el tuyo.

En ese momento de la historia, estaba ya sentada y oía con terror cómo los duendes solían ingresar a las casas para encantar a toda una familia y si se prendían de alguien, le raptaban para que viviera con ellos en esa construcción vacía donde antes funcionaba la Fábrica La Joya, que ahora era su guarida. Una vez allí, las niñas no volvían a ver nunca más a sus padres.

Lloraba sin consuelo, porque no quería que los duendes vinieran a mi casa y me llevaran a ese lugar tenebroso que decía mi madre. Lloraba con tantas ganas, que me olvidé de la tijera y de cómo mi cabello caía al suelo: unas hebras por aquí, otras, por allá...

# MUJERES ESPECTRALES



Autora: Amparito Nicolalde Benítez  
Título: Mujeres Espectrales  
Técnica: pastel

## LA VIUDA DE MEDIANOCHE

Fuente oral: **María Angelita Rodríguez**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavalo, 1994



Sucedió hace muchísimos años, cuando no había luz en la ciudad de Otavalo y la vida en el pueblo era muy tranquila. A las nueve de la noche ya no había cristiano en las calles y la gente se recogía temprano. La única hora peligrosa era la medianoche.

Cuentan que la viuda era una mujer alta, que vestía íntegramente de negro. Todos los días, a las 12 de la noche, realizaba el mismo recorrido: bajaba desde la hacienda de la Magdalena, paraba unos momentos en la esquina del cementerio y luego caminaba lentamente, contorneándose, hasta la esquina de la iglesia de San Francisco donde se detenía. Allí, esperaba a los que habían bebido toda la noche. Cuando los divisaba, se quitaba el manto que cubría su cabellera y su rostro y les extendía los brazos de manera provocativa. Cuando los borrachos se acercaban a ella y querían besarla, se topaban con un terrorífico rostro cadavérico. Algunos se morían del susto en ese preciso momento y otros echaban espuma por la boca.

## LA VIUDA DEL CEMENTERIO

Fuente oral: **Luis Ubidia**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 1985



Se cuenta que una mujer muy hermosa, que tenía bastante dinero, se casó con un hombre apuesto que parecía estar muy enamorado de ella, pero que cambió poco después del matrimonio. Bebía en exceso y le gustaba la compañía de una dama distinta cada noche. Un día desapareció misteriosamente, sin dejar rastro. La gente decía que debió haber muerto en un accidente, pues no era hombre para vivir sin el dinero de su esposa. La mujer, enamorada como estaba del bribón, no dejó de buscarle, no aceptaba su partida. Con los años, se enfermó y de la pena, murió.

Desde entonces, aparece la viuda del cementerio. Una mujer que sale de su tumba todas las noches en busca de los borrachos e infieles, a quienes desea causarles la muerte.

En ese tiempo, vivía en Otavalo un joven al que le gustaba por igual el licor y la compañía de las damas más hermosas del lugar. Siempre alardeaba de sus conquistas, de las mujeres solteras y casadas que había seducido.

Una noche, como muchas otras, regresaba ebrio a su casa. Al llegar al barrio Punyaro, se encontró con una de las mujeres más bonitas que había visto en toda su vida. Sin pérdida de tiempo, se lanzó a su conquista. Como la mujer aceptó su proposición, empezaron a buscar el sitio más desolado del pueblo para el encuentro amoroso. La muchacha le sugirió el sitio perfecto: el cementerio que no estaba lejos. Allí se dirigieron ambos jóvenes.

Entraron con prisa al centro del camposanto. Él la tomó de los hombros, la mujer se volvió y empezó a desnudarse. En el instante en que la muchacha le ofrecía su cuerpo, el hombre sintió cómo un frío de muerte le recorría el cuerpo. Sin embargo, la abrazó apasionadamente. Entonces, se dio cuenta de que la mujer había desaparecido y en su lugar estaba un esqueleto, a quien él acariciaba con pasión.

Horrorizado, salió del cementerio en una sola carrera y llegó a su casa, botando espuma por la boca. Su vida cambió, ya no se emborrachaba. Dejó de ser el bandido de toda la vida.

## LA BRUJA

Fuente Oral: **Luis Ubidia**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 1985



En tiempos remotos, se cuenta que El Tejar era un río que hacía un ruido tremendo. La gente no podía cruzar el puente sin dejar de mirar sus aguas. Los otavaleños sabían que junto al río vivía una bruja muy hermosa y seductora, que salía siempre a las doce de la noche a espantar a los borrachos e infieles, a los que detestaba con todo su ser. Posiblemente, porque algún hombre otavaleño, ebrio y desleal, se burló grandemente de ella.

Cuando veía que los borrachines intentaban cruzar el puente, tambaleándose de un lado a otro, se les plantaba como un humanoide cubierto en llamas. Los ebrios, del terror, volvían en juicio al instante y en lugar de caminar, salían corriendo por el puente. A veces lograban cruzarlo, pero otras caían a las aguas para no volver a salir nunca más.

A los traidores, en cambio, se les presentaba de manera seductora, a medio camino del puente. Les sonreía y extendía sus brazos, invitándoles a caminar con ella. Cuando los hombres se le aproximaban, la bruja soltaba una risa estrepitosa que se oía por todo el pueblo. Los hombres quedaban paralizados del miedo. Unos terminaban de cruzar el puente, pero los más eran arrojados al río.

## UNA CHIFICHA EN EL PUEBLO

Fuente oral: **Luis Ubidia**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 1985



Un día, a las seis de la tarde, un hombre que había bajado al centro del pueblo regresaba a su casa en las afueras de Otavalo, a un lado del camino que iba hacia Quito. Cuando llegó, se dispuso a sentarse a la mesa a comer con su esposa e hijos, pero antes de hacerlo, vio la necesidad de vigilar el ganado que estaba en el terreno.

Cuando salió, divisó a una mujer vieja, con cabello muy largo que se escondía entre el maizal. Se le acercó, lentamente, pero no logró alcanzarla, porque comenzó a correr tan rápido que, en menos de lo que canta un gallo, había cruzado el terreno y salido a la calle. Él la siguió como embrujado. Mientras más rápido caminaba la mujer, él parecía ir más despacio; ahora le llevaba mucha ventaja y era difícil darle alcance.

Sin saber cómo, llegó hasta el río El Tejar, lugar donde la gente no iba a esas horas porque era peligroso. La mujer se detuvo y se sentó sobre una gran piedra. Momento en que el hombre, que caminaba como un pato, aprovechó para pedir auxilio. Gritó con fuerza, una y otra vez, pero nadie parecía escucharlo. Recordó que cerca de allí estaba abierta una cantina, donde los aficionados a la bebida se divertían todas las tardes y noches. Como pudo, llegó al lugar y les contó a todos sobre la extraña mujer que había dejado en el río. Los hombres le dijeron que debía tratarse de una chificha que rondaba por el pueblo y que ya era tiempo de apresarla, porque estaba muy suelta.

Salieron de la cantina y cuando llegaron al río, vieron que la mujer seguía sentada sobre la piedra. Se lanzaron sobre ella, pero como estaban tan ebrios, no pudieron sujetarla mucho y la Chificha empezó a gritar, más bien a chillar: eran graznidos largos como los de un cuervo. La mujer entonces, por arte de magia, desapareció. El lugar se volvió más oscuro, el viento comenzó a soplar fuerte y una ligera llovizna sobrevino.

El peligro había pasado y el hombre se dio cuenta de que caminaba normalmente. Asustado, pero más tranquilo, tomó el camino más corto para regresar a su casa. Los borrachos hicieron lo mismo: abrazados, para no caerse, volvieron a la cantina a seguir bebiendo.

## **ALMA GEMELA**

Fuente oral: **Profesor Luis Ubidia**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 1985



Una noche, muchos años atrás, tres jóvenes otavaleños se dirigieron a la antigua estación del ferrocarril, un lugar que a esas horas estaba completamente abandonado, lúgubre y oscuro. Entre trago y trago, conversaban, se hacían bromas y hablaban de mujeres. La alegría era desbordante, por lo que no se dieron cuenta de que el tiempo había volado y eran ya las 12 de la noche. Los muchachos estaban felices y no iban a parar de beber, al contrario, se terminarían todas las botellas que faltaban. Además, estaban convencidos de que no irían a dormir a sus casas esa noche.

De pronto, a lo lejos, escucharon unos gemidos y lamentos de mujer. Al principio, no prestaron mucha atención al asunto, pero después los quejidos retumbaban por el lugar, al punto que no escuchaban sus propias voces. Entonces, distinguieron una figura femenina, vestida de blanco, que llevaba un largo manto con el que se cubría su cabeza y rostro. Caminaba lentamente hacia ellos...

Los muchachos, como resortes, dejaron las botellas a un lado, se olvidaron de la parranda y empezaron a correr despavoridos. Agitados y sin poder más, llegaron hasta la Gruta del Socavón, donde estaba asentada la Virgen de Monserrate. Tocaron el agua que sabían era milagrosa y con ella, se hicieron la señal de la cruz.

En un segundo se les pasó la borrachera y tan rápido como pudieron llegaron, más muertos que vivos, a una de las casas de los jóvenes. Allí, contaron lo que les había pasado. Una abuelita les dijo que seguramente se trataba de una “alma en pena”, una mujer que buscaba a su alma gemela, un varón con quien vivió y aprendió a amar, pero que no estaba en el mundo de los muertos, por eso, recorría el mundo de los vivos, desde las 12 de la noche, con la esperanza de encontrar a su otra mitad. La gente decía que ese varón posiblemente era joven, porque jamás la mujer se aparecía a los hombres de edad. “Deben dejar de beber”, les aconsejó la abuelita, solo así, la mujer no volverá a presentarse ante ustedes.

# LAS SIRENAS



Autora: Nuria Rengifo  
Serie Sirenas  
Título: Plenilunio con Sirenas  
Técnica: óleo sobre lienzo

# SIRENAS DE LUNA LLENA

Cantoras de rincones escondidos  
al filo de fuentes, lagos y mares  
en noches de luna llena  
encantas a varones solitarios  
con melodías que cautivan espíritus  
y acongojan almas luminosas.

Con tu belleza inmaculada  
rostro y cabello conjugan  
con la esbeltez de tu figura  
pero se contradicen con  
la frialdad de tus sentires.

Belleza pura pero fría  
frialdad que mata al amor  
del hombre apasionado  
equivocado en tu elección.

Atraes y acabas  
eres juez de amores  
y verdugo de pasiones  
manipulas y finges  
subyugas y atrapas  
pero ahogas y liquidas  
a amantes confundidos.

Híbrida, atrevida y hermosa  
esclava de la ausencia de amor,  
juegas alegre con vida ajena,  
tus cantos enloquecen  
y tu figura enamora  
pero sumerge y abandona,  
ahogando al amor.

Fernando Larrea Estrada.  
Quito, marzo de 2021

## LA SIRENA DEL LAGO

Informante: **Luis Ubidia**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 1985



El lago San Pablo es el más grande de la provincia de Imbabura, se encuentra ubicado a 4 kilómetros al sur de la ciudad de Otavalo. A sus pies, se alza el majestuoso volcán Imbabura y algunas comunidades pobladas rodean al lago como: Gonzáles Suárez, San Pablo y San Rafael.

Su paisaje deleita y maravilla a propios y extraños y aún es posible ver la tradición y lo moderno: los indígenas cruzando el lago en sus lanchas y los veleros que se desplazan, lentamente, en sus aguas.

Cuenta una leyenda que el Lago San Pablo se formó, cuando Dios castigó al dueño de una hacienda por ser avaro y no caritativo. La propiedad, de la noche a la mañana, se convirtió en una gran laguna.

Otra leyenda cuenta que cada noche, a las doce en punto, justo en la parte donde se alza el monte Imbabura, a los pies del lago, nace el canto de una mujer joven. Un canto tan hermoso que misteriosamente se expande y, en pocos segundos, se escucha en cualquier parte de la laguna. Una melodía que enciende y excita el deseo y la pasión, en cualquier varón que se aproxime al lago.

El hombre, joven o viejo, que cede a su ímpetu y pierde el control por el canto mágico, va en busca de la mujer que lo entona. Se encuentra con una maravillosa joven que está sentada en un tronco, con los pies hundidos en el agua. Su torso está desnudo. Ella lo llama, extendiéndole los brazos. El hombre no se percata de que la joven es mitad pez y mitad mujer, ni siquiera cuando se acerca a ella y se sienta a su lado. La sirena, entonces, le invita al hombre a bañarse, toma sus manos y en ese momento lo jala y le hunde en las aguas. Sobreviene un remolino y traga al hombre en un santiamén. La sirena no le suelta hasta llegar al fondo del lago, donde está la casa de hacienda que una vez existió y desapareció de la faz de la tierra. Allí, muerto, lo deposita como un trofeo más de la noche.

Por eso, las madres advierten a sus hijos varones que la lujuria no trae nada bueno y el que se deja ganar por la lascivia, tiene un trágico fin. Les recomendaban no salir a medianoche a la laguna para no ser embrujados, para no pecar por el canto de la sirena.

## LA SIRENA DE LA FUENTE DE PUNYARO

Fuente oral: **Angelita Rodríguez Hidalgo**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavalo, mayo de 1989



La Sirena de la Fuente de Punyaro es una historia que una vecina le contó a mi madre, hace 65 años, cuando ella dejó Quito y se fue a vivir a la ciudad de Otavalo, para casarse con mi padre, un joven obrero que trabajaba en la Fábrica Textil La Joya.

La Fuente de Punyaro era un sitio al que acudían los otavaleños y sus familias los domingos para entretenerse sanamente. Había concursos de natación, ollas encantadas y mucha comida que vendían los vecinos del barrio y los vendedores ambulantes. La gente se solazaba alrededor de la Fuente, hasta muy entrada la noche.

El resto de los días, el lugar no era tan trajinado. La gente mayor decía a los varones que no debían ir a la Fuente a las doce de la noche, porque no había ninguna persona allí y de esta soledad se aprovechaba la sirena, para salir y recostarse en las aguas menos profundas.

La sirena era mitad mujer y mitad pez. Salía a medianoche a capturar con su canto a los hombres que deambulaban por la Fuente. Era muy hermosa, tenía un largo cabello negro que le caía sobre los hombros y una mirada profunda que paralizaba a cualquiera. Cuando de lejos veía a un varón que se aproximaba a la Fuente, empezaba a cantar con una voz tan celestial, que el hombre ya no era más de este mundo. No podía resistirse y como autómatas, se acercaba más y más a la Fuente y con una fuerza desconocida, se arrojaba en las aguas para nunca más salir.

## LA SIRENITA DE LA FUENTE DE PUNYARO

Fuente oral: **Ángel Rueda Encalada**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavalo, mayo de 1990



En tiempos remotos, una sirenita muy hermosa solía aparecer en la Fuente de Punyaro, a las doce de la noche. Durante una hora, su canto se escuchaba por doquier. La gente que se despertaba en sus casas decía: “Ya empezó el concierto de la sirenita”.

Quienes no tenían miedo a la oscuridad, iban a la Fuente y se aproximaban para verla cantar, pero ella, tímida, se escondía sin dejar de entonar aquella música celestial.

En cierta ocasión, un apuesto joven, atraído por la dulce voz de la sirenita, se dirigió a la Fuente y por primera vez, la muchachita se dejó ver: era mitad mujer y mitad animal. De la cintura hacia arriba tenía el cuerpo más hermoso del mundo y de la cintura hacia abajo, una larga cola de pez.

Hicieron buena amistad y con el tiempo, el amor floreció entre los dos jóvenes. Él nunca contrajo matrimonio y la muerte le vino de viejo.

Ella nunca dejó de cantar, pero después de la muerte del que una vez fue joven, su canto era más un lamento que una melodía celestial. La gente que vivía alrededor de la Fuente decía: “Son los sollozos de la inmortal sirenita”.

# ANIMALES INFERNALES



Autora: Janett Buitrón  
Título: Animales infernales  
Técnica digital con brocha Photoshop

## EL MONO SALTADOR

Fuente Oral: **Luis Ubidia**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 1985



Hace muchísimos años, una joven panadera que había terminado su jornada a las 12 de la noche iba con mucha prisa, porque recordaba lo que su madre siempre le había advertido: "Que no debía detenerse en ningún sitio de la ciudad a la medianoche". Para sorpresa suya, en el camino, surgió de un agujero un hermoso mono. La muchacha trató de atraparlo, pero el animal dio tal salto que se le escapó. Cada vez que la joven trataba de atraparlo, el mono saltaba y la muchacha estallaba de risa, pues no había visto un ser tan simpático como aquel.

La joven se olvidó de la hora y sin darse cuenta, en lugar de caminar hacia su casa, se alejaba cada vez más de ella. El mono se había hecho ya su amigo y le había brindado una banana que la chica no supo de dónde había sacado. Entre risas, intentaba agarrarla, pero el animal la escondía rápidamente tras su espalda.

Después cruzaron un terreno donde había plantas de moras, con las frutas al alcance de ambos. El mono intentó arrancar todas las moras que veía: las verdes, las maduras, las grandes y las pequeñas, pero su amiga no se lo permitía. Le sostenía de la cola y no le dejaba moverse. Cuando el animal intentaba nuevamente hacerlo, la chica volvía a inmovilizarlo.

Entre juego y juego, no se percató de que el mono la llevaba hacia el molino, lugar donde la gente de Otavalo contaba que habitaban el demonio y el duende, donde las personas que pasaban por allí desaparecían sin dejar huellas.

Cuando faltaban algunos pasos para llegar, la joven panadera vio que el mono había desaparecido y en su lugar, de pie, a su lado, entre la oscuridad, estaba una sombra infernal que no era de esta vida. El ambiente entonces se volvió pesado y un escalofrío le recorrió el cuerpo. De la risa, pasó al pánico y salió huyendo del lugar, sintiendo cómo la sombra le perseguía durante todo el trayecto. Finalmente, agotada por la manera cómo había corrido, llegó a su casa, pero no pudo abrir la puerta porque perdió el conocimiento. Así permaneció por unas horas, hasta que los vecinos la descubrieron y le ayudaron a volver en sí.

## LA GALLINA NEGRA

Informante: **María Angelita Rodríguez Hidalgo**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavalo, marzo 2018



Ocurrió hace más de 65 años, en la ciudad de Otavalo, cuando la Sra. Angelita Rodríguez Hidalgo vivía en el conocido Barrio de Punyaro.

La Fuente de Punyaro, si bien era un sitio concurrido los domingos, era un lugar desolado el resto de los días de la semana. Las mujeres que vivían junto a la Fuente bajaban a este lugar a lavar la ropa.

La gente mayor, como Don Miguel Rueda, suegro doña Angelita, le había aconsejado no salir a lavar tan temprano, porque en la Fuente había una presencia extraña que se aparecía en la madrugada.

La señora Angelita, como no creía en esas historias, salía a lavar la ropa antes de las 5 de la mañana, cuando todavía la Fuente estaba desolada. Un día, cuando recién empezaba a sacar la ropa para lavar, vio a lo lejos a una inmensa gallina negra que revoloteaba entre las aguas. El animal poco a poco se le fue aproximando y cuando pasó frente a ella, empezó a ladrar como un perro. Después, misteriosamente, desapareció entre las aguas.

Aterrada, tomó la ropa que se le había caído y emprendió el regreso a la casa. Cuando le contó a su suegro lo que le había sucedido, él respondió que ya le había advertido antes: que el diablo, en horas tempranas, se mete en los animales que aparecen en las aguas.

Desde ese día, doña Angelita nunca más volvió a lavar la ropa antes del amanecer.

## EL CARBUNCO DE OTAVALO

Fuente Oral: **Ángel Rueda Encalada**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 1985



*Cerbero, en la mitología griega, era el perro del dios Hades, rey del Infierno. Era un animal de tres cabezas que tenía una serpiente en lugar de la cola. La misión que tenía era cuidar la puerta del Inframundo. Debía estar alerta para que ningún espectro o muerto pudiera salir del Infierno y a la vez, ningún vivo pudiera cruzar las puertas del Hades.*

Desde tiempos inmemorables, los perros negros, grandes y de ojos terroríficos, en distintos países y culturas, están ligados a lo fantasmal y a lo diabólico. Estos canes negros, dentro del folclor europeo y americano, con distintas variantes, también representan la muerte. Quienes los veían, irremediablemente, estaban destinados a morir tarde o temprano.

El cadejo, en algunas zonas de Centroamérica, es un animal legendario. Se cuenta que es un perro (o dos) que tiene poderes sobrenaturales y, por lo general, se aparece a las personas que deambulan a altas horas de la noche. Asusta a los trasnochadores callejeros y les da un escarmiento por su conducta poco ejemplar.

El Carbunco de Otavalo era un perro diabólico. Negro y pequeño, tenía una estrella en la frente, cuya luz podía dejar ciego a cualquier ser humano.

Una noche, cerca de las doce, un hombre regresaba a su casa a Otavalo. El vehículo que manejaba era grande y esa era una ventaja en la carretera. Ya cerca de llegar a la ciudad, vio una luz penetrante que le cegó y le hizo detenerse al instante. Se bajó del carro y, para sorpresa suya, se encontró con el Carbunco, el perro negrísimo e infernal del que se hablaba en Otavalo. Se subió rápidamente al carro y con las llantas delanteras atropelló al animal. El carro casi se voltea, pero por suerte pudo enderezarlo bien. Se bajó de la camioneta para cerciorarse de la muerte del can, pero cuando lo hizo, no encontró rastros del Carbunco.

Sin comprender lo que le había ocurrido, emprendió nuevamente la marcha, pero a los pocos minutos, divisó nuevamente al animal. Sin pensar dos veces, aceleró el vehículo y volvió a pasar sobre el cuerpo del can. Se bajó otra vez para comprobar su muerte, pero no había rastros del perro.

Preocupado, continuó su viaje, pero a los pocos minutos volvió a ver al Carbunco. Esta vez estaba sentado cerca de una peña. “En esta ocasión, no fallaré”, se dijo, dándose fuerzas.

Cada vez que el carro se acercaba al animal, este retrocedía y se alejaba más.

- ¡Qué pasa!, exclamó con angustia. ¡Madre mía, ayúdame!, alcanzó a decir.

Estas palabras fueron su salvación, porque la Virgen María las escuchó y detuvo el vehículo, justo cuando este iba a rodar al precipicio.

# LUGARES MISTERIOSOS



Autor: Pedro Nicolalde Benitez  
Título: El Duende pendorero  
Técnica mixta

## EL MISTERIO DEL SOCAVÓN

**Angelita Rodríguez Hidalgo**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavaló, 1989



Hace más de sesenta años, la gente de Otavaló acudía al Socavón a bañarse en las aguas de este subterráneo manantial. Cuenta doña Angelita Rodríguez Hidalgo que era costumbre ir los domingos en la madrugada a Misa para luego, a las cinco de la mañana, bañarse en el Socavón.

Allí, la gente se daba el mejor de los baños de aseo y disfrutaba de esas aguas cristalinas y puras, más calientes que el ambiente exterior. El Socavón, por tanto, era el balneario popular de la ciudad, frecuentado no solo por mujeres, sino por toda clase de personas.

La gente mayor decía que no era bueno ir al Socavón a las doce de la noche, porque allí se oían cosas raras a esas horas. Una vez, un borracho que pasaba por el lugar, justo a la medianoche, escuchó voces y risas de mujeres que provenían del interior del Socavón. Cuando entró, vio que el lugar estaba totalmente desolado. En ese preciso instante, el ambiente se tornó pesado y un frío infernal le recorrió el cuerpo. Del susto, se le pasó la borrachera y como pudo, salió corriendo hacia su casa.

Cuando edificaron la capilla y colocaron a la Virgen de Monserrate sobre una roca, en el interior del Socavón, cesaron los ruidos y las voces extrañas.

## LA CUEVA

Fuente oral: **Luis Ubidia**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 1986



Según cuentan nuestros mayores, la cueva era refugio de unos ladrones, bien organizados, que vivían en los páramos desolados de Mojanda Cajas y guardaban en ese lugar una fortuna considerable: oro, plata, piedras preciosas y toda clase de objetos robados a los comerciantes que se aventuraban a pasar por allí.

Cuando los delincuentes murieron, se llevaron el secreto. Nadie pudo localizar la cueva, hasta que un día, el hijo de un comerciante otavaleño desapareció sin dejar rastro. El padre del muchacho estaba desesperado y lo último que sabía es que lo habían visto en compañía de un desconocido, camino a Mojanda Cajas.

Alarmado, ordenó rápidamente su búsqueda y junto con dos indígenas, se marchó a Mojanda. Allí, escudriñó el sitio con desesperación. La noche del segundo día, mientras los tres hombres caminaban alumbrados con mecheros, vieron a lo lejos una cueva y allá se dirigieron a refugiarse. Con sigilo, poco a poco, se adentraron en el lugar. De pronto, escucharon unos pasos y para sorpresa de todos, el hijo desaparecido apareció entre la penumbra. Llevaba en sus manos oro, plata y piedras preciosas. Le contó al angustiado progenitor que un amigo le había conducido por esa cueva, cuya parte final se abría a un mundo subterráneo, semejante a un palacio, donde había los objetos más preciados del mundo.

Se dio la vuelta y le dijo al padre que lo siguiera. Cuando este quiso hacerlo, un viento fuerte y sobrenatural, que venía desde el fondo de la cueva, apagó los mecheros. Todo quedó en completa oscuridad y nadie pudo seguir al muchacho. El padre gritó el nombre del hijo, una y otra vez, pero nadie le respondió. Desesperado, decidió esperar hasta el día siguiente para inspeccionar el lugar. Cuando la claridad llegó, vio que la cueva no tenía más que una entrada y una salida, no existía ningún otro camino que le llevara a ese mundo extraordinario del que le había hablado su hijo. Solo entonces, afligido, se percató que la cueva le había arrebatado a su vástago.

Hasta hoy, la gente afirma que la cueva sí existe, aunque se desconoce su ubicación exacta. Se dice también que la cueva tiene un dueño y ese dueño es el demonio.

## LAGUNA VARÓN, LAGUNA MUJER

Fuente oral: **María Angelita Rodríguez Hidalgo**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavallo, 1980



Sucedió hace muchísimos años. Es una historia de amor que la protagonizaron los hijos de dos caciques del pueblo de Sarance.

Eran dos jóvenes que se habían conocido en el Fuya, Fuya, el cerro de Mojanda Cajas. Apenas se vieron, se enamoraron profundamente y decidieron lo más pronto unirse en feliz matrimonio. Sin embargo, el padre de la hermosa indígena se opuso al enlace, pues el muchacho era hijo de un cacique pobre, de rango inferior, a quien él despreciaba.

A pesar de la prohibición, los enamorados no dejaron de verse. Más aún, planificaron la fuga, precisamente, hacia el nudo de Mojanda Cajas.

Llegado el día, partieron y después de caminar mucho, cansados, alcanzaron la cumbre del cerro "Fuya-Fuya". Desde allí, con tristeza, lograron divisar a la gente de las dos tribus que habían ido en su búsqueda. Los dos grupos subían ya la loma e iban cercando a los muchachos. Solo era cuestión de tiempo su captura.

Ante esta situación, los amantes, que no podían vivir separados, decidieron darse muerte y después de fundirse en un gran abrazo, se apuñalaron el uno al otro. Cuando llegó la gente de ambas familias, los jóvenes estaban agonizando y a medida que morían, se formaban dos lagunas. Una más grande que la otra.

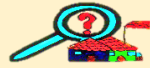
Estas dos lagunas son las que se encuentran en el páramo de Mojanda y en ellas están los amantes que permanecen juntos y nunca se separaron. La más grande es la "Laguna varón o macho", donde reposa el espíritu del hijo del cacique pobre que se transformó en un maravilloso lago. Junto a esta laguna está otra más pequeña: la "Laguna mujer o hembra", donde vive el espíritu de la hermosa india que, asimismo, se convirtió en un hermoso lago.

## EL CANTO DEL GALLO

Fuente oral: **Ángel Rueda Encalada**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavaló, 1992



Mojanda está ubicado a 17 kilómetros de la ciudad de Otavaló, en Ecuador. Hay tres lagunas de belleza extraordinaria: el Lago Varón o Laguna Grande, el Lago Mujer o Laguna Chiquita y la Laguna Negra.

Dicen que muchos chasquis que pasaron por el lugar perecieron en los tambos y que cada noche de luna llena salen sus almas del sitio donde cayeron muertos y caminan por los alrededores de las lagunas.

Antiguamente, Mojanda era camino obligado para viajar a la capital. La gente partía en pequeños grupos y caravanas. El propósito de estos traslados era, en gran parte, para hacer negocios, en un tiempo en que no había carreteras y el único camino habilitado era el sistema montañoso del Nudo de Mojanda Cajas.

Todos los habitantes de Otavaló conocían bien que las tres lagunas tenían un carácter poco amigable y se enfadaban con mucha facilidad.

Los caminantes no debían detenerse a descansar a las doce de la noche ni en la Laguna Grande ni en la Chiquita y jamás reposar a ninguna hora al borde de la Laguna Negra, la más bravía de las tres, porque no admitía humanos cerca. Los viajeros podían pasar junto a ella, pero nunca parar, si querían salir con vida del sector.

Un día, cuatro turistas emprendieron el viaje hacia Quito, llevando consigo un gallo. Los habitantes, al verlos partir, les dijeron que debían tener cuidado con las lagunas. Les advirtieron que, si querían reposar, no debían quedarse ni en el Lago Varón ni en el Lago Mujer a medianoche y jamás detenerse al borde de la Laguna Negra, porque esta se tragaba a cualquier humano que se le aproximaba. Pero los turistas, mirándose entre sí, se rieron de los pobladores y desestimaron los consejos de la gente, pues consideraban que eran simples supersticiones de la gente.

Empezaron su viaje y finalmente llegaron a la Laguna Negra, para reposar allí en la noche. Descargaron el gallo, tomaron unas frazadas y se dispusieron a dormir al borde del lago, para reiniciar la caminata al día siguiente. La laguna, al verlos, se enfureció de tal manera que levantó las aguas y arrastró a sus profundidades a los hombres y al gallo.

La gente afirmaba que todos los días, a las doce de la noche, en las tres lagunas, se escuchaba el canto de un gallo.

La gente mayor de la ciudad dijo: “Hay que escuchar siempre lo que los otavaleños aconsejan”.

## LA CAMPANA DE LA LAGUNA

Fuente oral: **Ángel Rueda Encalada**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavaló, 1992



En tiempos antiguos, un grupo de jóvenes emprendió una excursión a Mojanda, un escenario natural muy hermoso, conformado por tres lagunas de inconmensurable belleza: la Laguna Grande, la Laguna Chiquita y la Laguna Negra.

Salieron de Otavaló en la mañana, con la idea de acampar en la Laguna Grande. Llevaban ropa abrigada y comida, porque sabían que el clima era frío y se intensificaba con el paso de las horas. Para la noche tenían licor, así mitigarían el cansancio y las temperaturas extremas bajo cero.

Cuando llegaron, instalaron el campamento cerca de la Laguna Grande y empezaron a beber. A las doce de la noche, cansados y ebrios, decidieron dormir. En ese momento, escucharon el tañido fuerte de una campana y sintieron miedo. Nadie hablaba y a muchos, del susto, se les pasó la embriaguez.

Uno de los muchachos recordó lo que le había contado su padre: “Había una campana sumergida en la Laguna Grande, aquella que los Remaches habían lanzado al agua, después de haberla robado en una iglesia de Ipiales. Los caminantes, por tanto, siempre escuchaban el tañido de esa campana, a las doce de la noche”.

Otro de los jóvenes, entretanto, recordó la historia que le había contado su madre: “Hace años, dos indígenas que trasladaban una campana a la iglesia de Tabacundo fueron alcanzados por las aguas de la Laguna Grande y se hundieron para siempre en ellas. Por eso, la gente que iba a Mojanda escuchaba el toque de una campana a las doce de la noche”.

Muertos de miedo, decidieron no salir de la tienda. Sin embargo, uno de ellos, el más joven, no estuvo de acuerdo. Dijo que no tenía miedo y que era imposible dormir con semejante ruido, que era mejor averiguar qué ocurría afuera. Nadie lo detuvo.

El muchacho caminó rumbo a la laguna, aproximándose, lentamente, mientras el tañido de la campana era ensordecedor. Al llegar a la orilla, el estridente sonido desapareció y se topó con algo que flotaba en el agua, que brillaba como las estrellas. El joven quiso saber qué era ese objeto y se topó con un hermoso collar de diamantes. Cuando quiso tomarlo en sus manos, la joya dio un brinco y se fue más lejos. Cada vez que intentaba agarrarla, esta brincaba más y se quedaba flotando en el agua. El muchacho no se daba cuenta de que el agua le llegaba ya a las rodillas.

Entonces, decidió nadar, tirarse al agua para tomar de una vez por todas el hermoso collar. Estuvo a punto de hacerlo, cuando sintió la mano de uno de sus amigos que le empujaba hacia atrás, evitando que se lanzara a las gélidas aguas y muriera congelado. En ese momento, volvieron a escuchar el tañido de la campana y el joven desobediente, ahora sí aterrado, regresó a la tienda con sus amigos.

## LA LAGUNA TUERTA

Fuente oral: Gonzalo Rubio Orbe  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 1983



Cuentan nuestros antepasados que la gente de Otavalo solía viajar a la capital por un camino providencial: el Nudo de Mojanda Cajas a vender sus gallinas, su pan, sus ruanas, sus chalinas y otros enseres más.

La gente no viajaba sola, se reunía en pequeños grupos o formaba parte de una caravana para que el viaje fuera más ameno y seguro.

La Laguna Pequeña o Chiquita era muy brava, con grandes remolinos. Si la gente pasaba cerca y no se cuidaba, podía ser arrastrada por la Chiquita con suma facilidad. Ante esta situación, los otavaleños nunca dejaron de sentir temor y durante el viaje, el tema de conversación más frecuente era cómo calmar la ira de la laguna.

Los percances que habían sufrido algunos comerciantes otavaleños llegaron a ser muy conocidos en la región, al punto que los sacerdotes de Tocachi, perteneciente al cantón Pedro Moncayo, de la provincia de Pichincha, expresaron su deseo de bendecir la laguna. Se dirigieron a Mojanda y desde la cumbre efectuaron una ceremonia muy especial. Tomaron una gran piedra, echaron en ella agua bendita y luego, la prendieron fuego. Después, hicieron que la piedra rodara hasta caer en el fondo de la laguna.

En el momento en que la piedra cayó, se oyó una voz muy fuerte que provenía del interior de la laguna, una voz que decía: “Ya me dejaron tuerta”.

## EL GIGANTE Y LAS LAGUNAS

Fuente oral: **Ángel Rueda Encalada**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavaló, 1990



Cierto Día, un gigante de la vecina Colombia había llegado a la provincia de Imbabura. Por su altura y fortaleza era temido por toda la gente. En los pueblos se hablaba de los terribles desastres que había causado en el transcurso de su viaje y de los horrendos crímenes que había cometido.

Ya en tierra imbabureña, se sentía muy solo y triste. No tenía amigos con quienes jugar o pasear y desde su altura, miraba cómo la gente salía despavorida cuando escuchaba sus pasos. Había perdido el gusto por matar. Se pasaba sentado en una de las lomas de Mojanda, mirando al cielo, tratando de alcanzar con sus manos a alguna ave que pasara cerca. Trabajo infructuoso, porque todos los animales, sin excepción, huían del gigante por temor de morir en sus manos.

En su soledad, encontró una diversión nueva: introducir sus pies en las lagunas que había en Imbabura, para probar cuál era la más profunda. Unas veces se entretenía con sus tres lagunas de Mojanda. Otras, salía un poco más allá: pisaba el lago Cuicocha, con un pie y con el otro, la Laguna de Yahuarcocha. Pero para su desilusión, el agua más profunda de cualquier laguna solo mojaba su empeine.

Pasaron los años y el gigante, cerca de cumplir los noventa, escuchó a un ave decir que la laguna de San Pablo era la más profunda. Se alegró mucho, pues era la única que no había visitado. En un segundo llegó a Otavaló y desde ese lugar, divisó el lago, deleitándose con su belleza. Luego, puso un pie en el charco y sintió que el agua le llegaba hasta las rodillas. Disfrutó de la experiencia y confiado, continuó midiendo la profundidad de la laguna. De pronto se sorprendió, al ver la mitad de su cuerpo sumergido en el agua. Se sintió entonces intranquilo, porque el fondo no era firme. De la inquietud, pasó a la desesperación y buscó en qué sostenerse para no hundirse. Lo único que encontró cerca fue el monte que estaba al pie del lago. Se adhirió a este con fuerza, pero todo fue inútil, las aguas iban devorándole, lentamente. A medida que el gigante se hundía, sus manos, crispadas en el cerro, perdían fuerza. En el esfuerzo por sostenerse, el dedo índice del corpulento hombre perforó la cúspide, formando en el cerro un pequeño agujero, una ventanita a través de la cual podía verse el cielo. Sus palmas, en cambio, fueron desprendiendo grandes porciones de tierra de la montaña, que dieron origen a grietas y a profundas quebradas.

## LA LAGUNA DE SAN PABLO

Fuente oral: **Luis Ubidia**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 1985



Antiguamente, en el lugar donde hoy se asienta la laguna de San Pablo, existía una hacienda muy grande que era admirada por sus árboles frutales, sus extensas tierras de cultivo, sus bellísimos potreros y sus exóticos animales.

Su dueño, un hombre avaro, grosero en el trato y nada piadoso, monopolizaba con sus productos el comercio en Otavalo. Nadie osaba contradecirle, menos aún, enfrentarlo, pues de él dependían los precios de los alimentos básicos.

Cierto día, un mendigo de aspecto repugnante, vestido con harapos, golpeó la puerta de la hacienda. El dueño salió y, en lugar de regalarle comida o ropa, le insultó, le maldijo y mandó a los criados a que echaran al infeliz de su propiedad. Sin embargo, una de las empleadas se enterneció y a escondidas, le regaló algo de alimento.

El mendigo se marchó muy agradecido, pero al siguiente día nuevamente retornó a pedir caridad. Esta vez, el hacendado fue más cruel, ordenó al mayordomo que soltara los perros para que mordieran al desdichado. Los animales salieron en estampida, pero al ver al mendigo, se echaron a sus pies y en lugar de morderlo, le lamieron las llagas.

El hacendado, encolerizado, alzó su propio sable y empezó a golpearlo. Felizmente, apareció la bondadosa criada que evitó que lo matara. Sacó al hombre de la hacienda y le dio un pedacito de pan. El pobre, antes de marcharse, le dijo que apenas oyera un toque de campana, debía abandonar la hacienda y subir al monte que estaba al pie del lago.

Así lo hizo la mujer. A la primera campanada ascendió a la montaña y desde allí, pudo mirar lo que ocurría en la hacienda: una cascada de agua había surgido entre los sembríos e inundaba todo lo que estaba a su paso. Al mismo tiempo, una terrible tormenta azotaba los terrenos donde estaba la propiedad. Del susto, se escondió entre los matorrales y a pesar del frío, cansada, se quedó dormida. Cuando amaneció, la hacienda había desaparecido y en su lugar, se asentaba una laguna grande y hermosa.

Al bajar del cerro, divisó al pordiosero que estaba bañándose a la orilla del lago. Era el propio Jesucristo que había venido a la tierra disfrazado de mendigo. La mujer le preguntó si todos los que trabajaban en la hacienda habían muerto, a lo que Jesús le respondió: “Los malvados no merecen vivir, los buenos, sí. Ve al otro lado de la laguna y hallarás a otras personas piadosas de la hacienda que también se salvaron”.

## FLORES BLANCAS

Fuente oral: **Ángel Rueda Encalada**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 1988



Se cuenta que un chofer que manejaba un bus se acercaba a Otavalo a la medianoche. Al pasar por el Lago San Pablo, divisó a tres religiosas que le pidieron detenerse. Como no venía con pasajeros, pensó que no estaba mal ganarse unos centavitos. Paró el bus y las monjitas se subieron rápidamente, no llevaban equipaje.

Las religiosas le contaron que no habían conseguido transporte por lo avanzado de la hora y le pidieron que las llevara al Convento de Las Marianitas, que quedaba en el centro de Otavalo. Al llegar, una de ellas le dijo que por favor esperara un ratito por el pago, hasta ir por el dinero que tenían dentro del Convento.

Pasaron largos minutos y el chofer, cansado de esperar, se bajó del bus y golpeó con fuerza la puerta del convento. Una monjita, distinta a las tres que había recogido en la carretera y habían entrado en la casa, abrió la puerta y le pidió explicación por tan extraño comportamiento. El hombre le contó todo lo sucedido. La monjita le dijo que debía estar confundido, porque ella era la hermana portera y hasta ese momento, nadie había ingresado o salido del lugar.

El hombre, sin comprender, se puso lívido. Entonces, la monjita, al ver cómo se había descompuesto, le invitó a entrar para brindarle un poco de agua. Al ingresar a la salita de espera, el chofer observó tres retratos colgados de la pared. Los reconoció de inmediato, eran las religiosas que él había traído en su bus y que hace rato habían entrado en el convento.

Ahora, era la monjita la que se puso pálida y para que le pasara la fuerte impresión, también bebió un poco de agua. Le contó que hace algunos años, a las tres religiosas se les encomendó fundar el convento. Una vez que este había sido construido, las hermanas murieron, cuando el carro en el que iban rumbo a Quito se estrelló a la salida de Otavalo. La gente que auxilió a los accidentados nunca encontró los despojos de las monjitas. En la carretera aparecieron, en su lugar, tres ramos de rosas blancas

Solo entonces, el hombre comprendió que había viajado con tres almas benditas. En fin, dijo, por lo menos no llegué solo a Otavalo.

# NATURALEZA



AUTORA: NURIA RENGIFO

TÍTULO: INFLORESCENCIAS DEL BOSQUE NUBLADO

TÉCNICA: ACELLO SOBRE LIENZO

## ORIGEN DEL ARCOIRIS

Fuente oral: **Angelita Rodríguez Hidalgo**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavaló, 1986



En la hermosa cascada de Peguche vivían siete hermanos mariposa. Todos eran admirados por sus llamativos colores: el rojo corazón, el amarillo vivo, el azul cielo, el lila intenso, el naranja fuerte y el verde natural.

Cierto día, la mariposa amarilla fue golpeada y al caer de manera brusca, se lastimó gravemente. Los hermanos, al verla así, la llevaron a un árbol y la rodearon de amor.

De pronto, una voz se escuchó a lo lejos. Preguntaba a los hermanos, si eran capaces de unirse y de morir el uno por el otro. La respuesta de estos no se hizo esperar: fue un sí rotundo. Entonces, repentinamente, vino una gran tormenta y luego de que la tempestad terminara, reinó la oscuridad y un viento fuerte empezó a soplar. Los hermanos mariposa desaparecieron y en ese momento, apareció el arcoiris en el cielo.

## LAS SIETE MARIPOSAS

Fuente oral: **Angelita Rodríguez Hidalgo**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavaló, 1990



Hace muchos años, siete mariposas, de distinta forma y color, comenzaron a discutir. Cada una creía ser más bella que la otra. *La celeste* decía que era hermosa como el cielo. La amarilla sostenía, en cambio, que era tan linda como el sol. *La verde* acotaba que era bella porque estaba en la naturaleza, los árboles y las hojas. *La naranja* señalaba, en tanto, que era la más agraciada porque estaba en los atardeceres mágicos del mundo. *La roja*, muy altiva, mencionaba que ella era la más atractiva porque su color simbolizaba al amor. *La violeta*, en tanto, se defendía, al señalar que estaba asociada a la sabiduría y creatividad. *La azul*, por último, sin enojarse, expresaba que era la más bella porque representaba la inmensidad del mar.

La discusión se fue intensificando y ya nadie escuchaba lo que la otra decía, pues todas hablaban al mismo tiempo. Cada una defendía su hermosura, color y forma.

Dios que miraba la escena con detenimiento, envió al joven granizo al mundo. Una gran lluvia entonces cubrió la faz de la tierra y las siete mariposas, por instinto, se tomaron de las manos para sujetarse. El joven granizo hizo su aparición y habló con las siete, les hizo entender que ninguna era la más importante o la más hermosa, que la verdadera belleza no estaba en su forma o en su color, sino en lo que cada una llevaba por dentro.

Las mariposas, sorprendidas, se abrazaron y desde entonces, cada vez que la lluvia se hacía presente, recordaban al joven granizo. Se juntaban y formaban una curva en el horizonte, un arco de siete colores en el cielo, para recordar a la gente de Otavaló que lo especial estaba en el interior de cada persona.

## LO INSÓLITO



## LOS VALIENTES

Fuente oral: **Ángel Rueda Encalada**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 1991



Cierta ocasión, dos intrépidos otavaleños discutían. Cada uno decía ser más valiente que el otro. Como ninguno de los dos llegaba a un acuerdo, decidieron medir su valentía.

Primero, ingresarían al cementerio de la ciudad, alrededor de la doce de la noche, y una vez allí, en una cruz de una tumba, clavarían un clavo.

El día esperado llegó. El primer joven saltó la tapia, entró al cementerio, dobló a la izquierda y llegó al sepulcro. Clavó el hierro en la cruz y salió. Estaba tan asustado que, entre fuertes convulsiones, echaba espuma por la boca. Su amigo le tildó de cobarde.

Al siguiente día, el segundo muchacho también saltó la tapia, ingresó al camposanto, tomó a la izquierda y llegó al sepulcro. Lentamente, con mano temblorosa, hundió el hierro en la cruz. Cuando terminó la labor, quiso huir, saltar la tapia con rapidez, pero se dio cuenta de que alguien le sostenía por detrás. Posiblemente, era la mano descarnada de algún muerto o la viuda del cementerio que le detenía. Se quedó petrificado del miedo.

A lo lejos, se escuchaba la primera campanada de la madrugada.

Al otro día, el cuidador del cementerio encontró el cadáver del muchacho, a lado de una tumba. Su rostro reflejaba el miedo en su expresión máxima.

Este final tiene también otra variante:

“Al día siguiente, el cuidador del cementerio encontró el cadáver del mozo. Lo sucedido es comprensible. Al clavar el hierro, el joven no retiró su poncho. Entonces, este se quedó pegado a la tumba”.

## EL CÁLIZ ROBADO

Fuente oral: **Luis Ubidia**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 1985



Hace muchísimos años, vivía una mujer elegante y de aspecto atractivo, en una de las casas más bonitas de Otavalo, cerca de la Iglesia de San Luis. Su simpatía, sin embargo, era solo un disfraz que ocultaba su verdadera personalidad: era una delincuente que robaba por placer y no por necesidad.

La gente estaba alarmada por los continuos atracos que se daban en el pueblo. Nadie se imaginaba que esa mujer, que todas las tardes caminaba tan graciosamente por las calles de la ciudad, era una malhechora. Menos aún, que la forajida escondía sus robos en una especie de subterráneo que tenía en su casa.

Un día, esa dama, como todas las tardes, salió de su casa a dar un paseo. Al terminar su recorrido, se dirigió a la Iglesia de San Luis. Entró, cuando daban las seis en punto de la tarde. En ese momento, el sacerdote no estaba, por lo que con facilidad tomó el cáliz y lo escondió bajo su capa negra. En el camino, se deshizo de las santas ostias.

El párroco, al darse cuenta del atraco, se puso inmediatamente a investigar y muy pronto dio con la culpable, quien se defendió en un principio, pero al final terminó por aceptar la culpa. Su arrepentimiento fue tardío, pues a los pocos días murió.

El velorio fue inusual, duró apenas unas cuantas horas y cuando los indígenas llevaban el ataúd al cementerio, algo inusitado ocurrió. Por muy rápido que caminaban, no terminaban de cruzar la calle Bolívar, rumbo al cementerio. Cuando todos creían que ya se acercaban al camposanto, era todo lo contrario: se alejaban más y más. La gente comentaba que el cuerpo de la mujer no estaba destinado a descansar en el cementerio de la localidad.

## LA GALLINA Y SUS POLLUELOS

Fuente oral: **Ángel Rueda**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 1990



Sucedió hace muchísimos años, en el suroriente de la ciudad de Otavalo. De la noche a la mañana, apareció misteriosamente una gallina con diez hermosos pollitos de oro. Los moradores estaban alucinados, no podían creer lo que veían. Al punto que ya les resultaba normal ver cómo la gallina, resplandeciente como el sol, andaba con sus crías por las calles durante el día.

Los jóvenes, presos de la ambición, al mirar cómo el metal precioso pasaba frente a ellos, empezaron a ingeniarse la manera de capturar a la gallina y a sus polluelos. Hacían de todo, pero no lo lograban. Hasta se reunieron en grupos a planear estrategias de ataque. Sin embargo, nada resultaba. En el día, los animales misteriosos se escabullían y en la noche, desaparecían por arte de magia.

Desesperados, varios muchachos viajaron a Ilumán a pedir consejo a un brujo muy sabio. Este les reveló que la única manera de atrapar a la gallina y a sus polluelos era extendiendo un poncho o una chalina sobre ellos.

Regresaron muy contentos, esperando capturar a la gallina y a sus crías, soñando cómo el oro les volvería ricos. Pero esperaron en vano, porque nunca más volvieron a ver a los raros animales. Los ancianos de Otavalo decían: “quien todo quiere, todo pierde”.

## EL PROFANADOR DE TUMBAS

Fuente oral: **Luis Ubidia**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 1985



Hace mucho tiempo vivió en Otavalo un profanador de tumbas. Este hombre iba al cementerio todas las noches en busca de tumbas frescas y sin ningún miramiento, tomaba las joyas, la ropa y el dinero que encontraba en los féretros de los muertos.

Cuando los familiares iban a dejar una ofrenda floral a sus seres amados, advertían que los sepulcros habían sido profanados. El muerto estaba desnudo, expuesto al ambiente y alrededor del ataúd solo quedaba tierra y polvo. Ya nadie quería pasar por el cementerio, peor entrar, pues existía la posibilidad de que el cuerpo de un ser querido hubiese sido mancillado.

La policía empezó a investigar, pero no lograba dar con el responsable y las profanaciones seguían dándose en el camposanto.

El hombre, una vez que robaba la ropa de los muertos, la tendía al sol para que se fuera el mal olor. Después colocaba la ropa, junto con las joyas hurtadas, en los mostradores de la pequeña tienda que tenía a la salida de Otavalo, camino a Ibarra.

Cierto día, murió un coronel muy potentado de la provincia, que vivía en las afueras del pueblo. Como de costumbre, el profanador esperó a que la noche llegara y fue al nicho del desdichado militar. Abrió el féretro y se llevó las joyas y el traje del difunto. Así fue cómo salió a la luz la tarea macabra del hombre, pues la viuda, por casualidad, entró días después en el almacén del profanador y con sorpresa se encontró con el uniforme de su marido y las joyas que le pertenecían. Inmediatamente dio aviso al Jefe Político, quien ordenó la prisión del sacrílego.

## DOS MITADES

Fuente oral: **Luis Ubidia**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 1985



Viajaba don Arévalo a Quito, del único modo que se podía en aquel entonces, a caballo. Iba envuelto en un poncho, con zamarros y con un sombrero de paja cubierto de lona. La ruta era la de Mojanda, cuyo recorrido duraba dos días enteros y eso, cuando el viajero no moría en un precipicio o a manos de los asaltantes.

Viajaba tranquilo, pero al llegar a la parte más alta, escabrosa y fría del páramo, se descolgó sobre él una terrible tempestad, tan propia de la región, con granizo, rayos y relámpagos.

Como la tormenta sorprendiera a don Arévalo en un sitio en que no había donde guarecerse, resolvió continuar más rápido, con la esperanza de llegar pronto a algún tambo.

Pasó la borrasca y quiso sacar una franela para secar el agua que bañaba su rostro. Con ese fin, volvió la cabeza hacia atrás, pero cuál sería su sorpresa al ver que había desaparecido el anca y toda la parte posterior de su caballo, junto con el maletín en que venía la tela. Él, sin darse cuenta, había venido montado únicamente en la parte delantera del animal.

Ante este hecho tan asombroso, se quedó en un principio un tanto desconcertado, pero al poco tiempo comprendió lo sucedido: un rayo había caído sobre su caballo, sin que él se percatara y lo había partido en dos.

Observando que la mitad del animal había sobrevivido, creyó que la otra también debía estar viva. Resolvió regresar a buscarla. No tardó mucho tiempo en hallarla, corriendo tras una esbelta yegua que por allí pastaba. Entonces, insertó las dos mitades con gran exactitud, logrando una unidad perfecta. Solo así, pudo continuar su viaje y finalmente, llegar a Quito.

## EL TRAJE DEL MUERTO

Fuente oral: **Angelita Rodríguez Hidalgo**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavaló, 1990



Hace muchísimos años, un joven de Intag estudiaba en el Colegio Nacional Otavaló, donde había cursado seis años y estaba a punto de graduarse como bachiller. Para la ceremonia de graduación, su padre le había obsequiado uno de sus trajes, un poco pasado de moda, pero limpio y en buen estado para que luciera bien en ese evento tan especial.

Llegado el día, el muchacho se vistió con el traje nuevo y muy orgulloso se dirigió al colegio a encontrarse con sus compañeros. Estos, apenas lo vieron, empezaron a mofarse de él, diciéndole que llevaba puesto un terno “tipo chagra”.

El joven, totalmente avergonzado, se dio la vuelta y salió del aula de clase. No sabía dónde conseguir otro traje en ese momento y a esas horas. Se le ocurrió ir al cementerio de la ciudad a buscar un terno. De las tumbas más suntuosas, eligió una y con una pala que encontró cerca, cavó hasta extraer el féretro. Entonces, cambió su traje por el del muerto.

Después, volvió al Colegio. Esta vez, con un terno elegante de color negro. Sus compañeros elogiaron ahora su buen gusto y se le aproximaban para admirar su traje. No pasó mucho tiempo, cuando vio con susto cómo las moscas se pegaban en su ropa y no se desprendían de ella, por más que él trataba de alejarlas. Un mal olor se esparció por el lugar, venía del traje robado; los compañeros, entre risas y burlas, empezaron a alejarse de él.

Al otro día, el estudiante decidió devolver la ropa a su verdadero dueño y quedarse con la suya, pasada de moda y fea, pero propia.

## EL ASNO PERDIDO

Fuente oral: **Ángel Rueda Encalada**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavalo, 1990



Se cuenta que una señora, al morir su anciano padre, recibió de herencia un hermoso y robusto asno. Animal, al que empezó a querer mucho y a cuidar con esmero. Preocupada de la alimentación del borrico, salía de Otavalo todas las mañanas, rumbo a los comederos de Mojanda Cajas, donde lo dejaba para recogerlo hasta bien entrada la tarde.

Un buen día, en uno de sus viajes diarios, no encontró a su asno en el sitio donde solía dejarlo. Pero en su lugar, halló ciertas huellas que parecían ser del borrico perdido. De inmediato, siguió el rastro. Caminó y caminó por mucho tiempo y así fue cómo llegó hasta la Laguna Negra, sitio donde finalmente se perdían las pistas.

Revisó con cuidado los alrededores, pero no encontró nada. Descorazonada, iba a emprender el viaje de regreso a Otavalo, cuando descubrió una enorme roca. Al pie de esta, se abría un gigantesco hueco. Sin perder tiempo, se introdujo en la oquedad, pues se le vino a la mente que por allí podría haber pasado su borrico.

Al final del gran orificio, encontró los potreros más hermosos que jamás ser humano haya visto y en ellos, a su adorado animal. Se acercó lentamente y, acariciándolo, lo sacó de los pastizales.

Cuando salió hacia el exterior, la señora se percató que a los lados del gigantesco hueco sobresalían unos orificios diminutos. Cada uno contenía piedras preciosas, oro y plata. Quiso, entonces, introducir su mano para tomar algo del tesoro, pero le dio miedo. Sintió, además, que lo mejor sería retornar con ayuda desde Otavalo.

Al siguiente día, la señora y un grupo de pobladores se dirigieron hacia la Laguna Negra, pero por más que buscaron, jamás encontraron la descomunal roca, ni el gigantesco hueco, ni los orificios repletos de tesoro.

## EL ATRACADOR

Fuente oral: **Ángel Rueda Encalada**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavalo, 1994



Hace muchísimos años, en el puente El tejero solía aparecer una cara fosforescente que aterrorizaba a los otavaleños. Surgía de la nada, a partir de las 6 de la tarde.

Cierta día, un hombre muy valiente cruzaba el puente, cerca de las siete de la noche. De pronto, observó una cara que despedía llamas y se le acercaba, lentamente. Sin pensar dos veces, se agachó, tomó una piedra del suelo y le lanzó al rostro misterioso, con tal puntería que le golpeó en el centro.

Instantáneamente, la cara se hizo añicos y apareció una mecha. El hombre entonces comprobó que era nada menos que una olla grande, compuesta de un pabilo encendido. Debajo del recipiente, estaba un conducto que era puesto en acción por una serie de hilos, manejados por alguien. Posiblemente, por algún ciudadano que vivía de los atracos cuando las víctimas, presas de miedo, se desmayaban.

## EL DISFRAZADO

Informante: **Gonzalo Rubio Orbe**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavalo, 1983



Hace muchísimos años, en la bella ciudad de Otavalo, en los parajes solitarios alrededor de las líneas del ferrocarril, había una concurrencia grande de enamorados. Las parejas solían acudir a sus citas de amor, a cualquier hora, aunque en la noche siempre había mayor afluencia, especialmente, cuando la luz de la luna cobijaba el lugar.

Esta situación alarmaba a la vecindad, cuyos pobladores, cansados de los abrazos amorosos, decidieron ahuyentar a los jóvenes enamorados. Una noche, uno de los vecinos se fue a su casa y se vistió de negro entero, con una extensísima enagua y una pesada chalina. En la cabeza se colocó una olla negra, en la que había dibujado ojos, nariz y boca. Encendió dos velas: una la puso dentro de la olla y otra la llevó con él. Inmediatamente, salió al encuentro de los amantes.

Cuando llegó a las líneas del ferrocarril, fue sorprendiendo a cada pareja. Se paraba frente a los enamorados, con la cabeza prendida y al soplar la vela que llevaba en sus manos, daba la impresión de que el humo del infierno salía de su boca. Luego, reía sin parar, de manera estridente, al punto que los otavaleños de las casas cercanas salían asustados. Los enamorados, entonces, huían despavoridos y solo se sentían en paz, cuando dejaban de escuchar la misteriosa risa del espectro.

## LA VIUDA DEL SOCAVÓN

Fuente oral: **Luis Ubidia**  
Recopilación: **Dorys Rueda**  
Otavalo, 1986



Sucedió, cuando no había luz eléctrica en Otavalo y el pueblo estaba alumbrado por grandes faroles, que se encendían solo por un par de horas.

Los jóvenes otavaleños, en ese entonces, eran muy aficionados a la copa. Les encantaba pasar horas y horas en las cantinas. Cuando salían del lugar, muchos no lograban llegar a sus casas por lo ebrios que estaban. Se caían al suelo y permanecían dormidos en la calle, hasta el siguiente día. Cuando despertaban, ya no tenían sus objetos personales, ni siquiera la ropa que llevaban puesta.

Todos coincidían que la causante de estos desmanes era la viuda que merodeaba la ciudad. Una hermosa mujer, que aparecía a las doce de la noche en el centro del pueblo, vestida completamente de negro.

La gente estaba tan asustada de esta aparición que evitaba salir a la calle, desde la seis de la tarde. Los jóvenes se cuidaban de beber y los cantineros estaban muy preocupados, porque ya no contaban con su clientela habitual. El único que no tenía miedo era el Farolero de la ciudad, que decidió enfrentar a la famosa viuda, para que la vida en el pueblo volviese a la normalidad.

Una noche se fue a una cantina cerca del parque principal de Otavalo a tomarse unas copitas y cuando dieron las doce, salió al pretil. De lejos, vio la figura de una mujer alta, vestida de negro, que caminaba de un lado a otro, mirando siempre el horizonte. Sin pérdida de tiempo, el Farolero sacó de su bolsillo un revólver y apuntándole a la cabeza de la mujer le dijo: - "Si hasta contar tres no me dices a quién buscas, te disparo, aunque seas de la otra vida". La mujer se dio la vuelta y con voz de ultratumba, le dijo: - "Si logras agarrarme, te contesto". Entonces, empezó a correr sin darle tiempo al Farolero de responder. Bajó por la calle Bolívar y viró hacia la Gruta del Socavón.

El Farolero, que había sido toda la vida un gran deportista, no tardó en alcanzarla, justo cuando la viuda entraba en la Gruta. Entonces, volvió a repetirle la misma pregunta. La mujer se dio la vuelta, se quitó el manto negro que cubría su cabeza y rostro y le dijo: - "No dispaes, soy de esta vida". El Farolero, en ese instante, la reconoció. Era una mujer de mediana edad, muy hermosa, cuyo esposo había fallecido en un accidente. Le contó que había tenido que disfrazarse de viuda para salir a robar a los borrachos, porque no tenía trabajo y solo así podía mantener a sus hijos.

# ANÁLISIS



Autora: Marcela Esparza  
Título: La bruja de El Tejar  
Técnica: lápices de colores y rapidógrafo

Una leyenda puede ser analizada como texto narrativo, porque en ella subyacen ciertos elementos propios de la narración escrita. Desde esta óptica, estudiaremos dos leyendas: “La bruja” y “Pacto con el diablo: la alianza”, desde 6 puntos claves: personajes, temas, estructura, tiempo, espacio e intertextualidad.

## “LA BRUJA”

Varios son los **personajes** que intervienen en la historia.

El personaje central de la leyenda es la *bruja*, un ser mitológico que, si bien es previsible en su proceder y en su relación con el resto de los personajes, nos sorprende porque no es el tipo de bruja común: fea, que vuela en una escoba, que puede transformarse en un animal, que hace brebajes maléficos o que vive rodeada de gatos negros. Al contrario, la bruja de El Tejar es hermosa y vive sola junto al río caudaloso. Sus armas son la belleza y la seducción y con ellas, atrae a los borrachines e infieles. Cuando observa a un desleal, le extiende sus brazos invitándole a caminar con ella. La mujer, por tanto, surge como símbolo de tentación y perdición, por la bruja mueren ebrios y lujuriosos.

Este personaje evidentemente está asociado al mal y a las fuerzas oscuras. *La bruja* es Satanás, Lucifer o el mal y las llamas que la envuelven apuntan al infierno, al lugar donde vive el diablo. Un sitio de sufrimiento al que quiere llevar a los otavaleños que han vivido en el desenfreno y la inmoralidad.

Dos personajes grupales aparecen en el relato de manera antagónica. Por un lado, *los pecadores* (ebrios e infieles), adictos al alcohol e inmorales que cruzan el puente a las 12 de la noche. Por otro lado, están *los que no pecan*, esos otavaleños honestos sin vicios que transitan por el puente durante el día.

Estos personajes nos llevan directamente a dos **temas centrales** de la leyenda: *el poder* y *la venganza*, y surgen de la información que entrega el emisor (conciencia colectiva de Otavalo) al receptor que es la misma comunidad. Por ese punto de referencia, el receptor es testigo del poder sobrenatural de *la bruja*, una fuerza que inclina la balanza hacia la muerte. También, nos enteramos de que quizás algún hombre se burló de ella. Una aclaración importante, porque revela que *la bruja* posiblemente un día amó y podría representar a un ente justiciero. Pero, a medida que avanza la leyenda, observamos que el desquite más bien es un modo de recordar a los otavaleños lo terrible que es la revancha, como una respuesta a una mala acción.

Aparecen también otros **temas dominantes**: *la vida y la muerte*, vinculados al bien y al mal (salvación-cielo, perdición- infierno). Quien no se ahoga y logra salvarse es el que no cae en los excesos y es fiel. El vicio y la traición, al ser transgresiones deliberadas del hombre, en tanto, se castigan. Por eso, *los otavaleños* que sucumben ante la bebida y el libertinaje terminan muertos en las aguas del río. El pecado (vicio e infidelidad) significaría la perdición, un alejamiento del hombre de la voluntad de Dios que trae como consecuencia la muerte eterna. Un estado agónico y de perpetuo dolor al que se va por voluntad propia. Un desenlace que el emisor (la comunidad), al contar la leyenda, pretende evitar para que los varones tomen conciencia de lo grave que son las faltas. Una concepción que tiene sus raíces en la religión católica, mayoritaria en ese tiempo en Otavalo.

Con relación a la **estructura**, se distinguen tres segmentos en la leyenda:

1. Una pequeña introducción del río El Tejar.
2. La descripción corta de *la bruja*.
3. *La bruja* y su relación con los borrachines e infieles.

En cuanto al **tiempo narrativo**, *el tiempo del relato es menos extenso que el tiempo de la historia*. El narrador (conciencia colectiva de Otavalo) resume lo que sucedió en el puente El Tejar hace mucho tiempo atrás, posiblemente siglos, en tres palabras: “En tiempos remotos”.

Se presentan además *elipsis implícitas*, es decir, el relato muestra que ha transcurrido un tiempo, pero no se manifiesta en concreto, no hay detalles. Por ejemplo, se cuenta que en el río Tejar vivía una *bruja* muy hermosa y seductora que salía a espantar a los borrachos e infieles, pero no se sabe desde cuándo vivía allí y tampoco se señala cuánto tiempo (décadas o siglos) viene aterrorizando a los varones.

En la oposición temporal *día y noche*, el día es emblema de sosiego, tiempo en que la gente de Otavalo camina de un sector a otro, con miedo, pero sin el peligro de la medianoche. *Las doce de la noche* en cambio es mortal, es la hora de la tentación, es el tiempo del *diablo* y abarca la mayor parte de la leyenda.

En cuanto al **escenario**, la leyenda nos entrega la imagen de un *pueblo pequeño*, muy distinto al Otavalo moderno de la actualidad. Dentro de este espacio, aparecen *dos lugares pequeños: el río y el puente*.

*El río El Tejar*, en la mañana, es un lugar abierto y público que intimida a los otavaleños, porque ellos conocen la fuerza devoradora de la corriente. En la noche, al contrario, el agua adquiere una dimensión femenina sobrenatural al estar vinculada con la bruja que vive junto al río. Este espacio representa la muerte eterna, el destino último de los pecadores (el infierno), a donde van quienes han caído bajo el embrujo de ese ser y se han distanciado de los preceptos morales o se han alejado de Dios. Desde esta óptica, el varón, por su rol adjudicado por generaciones, aparece como un ser que cae en los excesos con facilidad.

*El puente*, en la mañana, es un lugar de tránsito, pero a medianoche se torna lúgubre y sombrío. Por allí transitan *los alcohólicos y lascivos* que se salvan de la hechicera y corren despavoridos, pero desde allí también caen los pecadores al río. Representa la zona incierta donde la salvación es momentánea y no hay certidumbre, es la zona intermedia que separa dos mundos: lo que está bajo el puente (río / bruja / diablo / infierno/ castigo/ suplicio eterno), de lo que está sobre el puente (salvación/cielo/ premio por el buen comportamiento).

En cuanto a la **intertextualidad**, La figura de *la bruja* otavaleña, seductora y diabólica, nos aproxima a otros espectros que surgen en distintos relatos orales de la misma ciudad de Otavalo. Por ejemplo, nos recuerda a la protagonista de la leyenda “*La viuda de medianoche*”, una mujer alta vestida íntegramente de negro que se aparece todos los días en la Iglesia de San Francisco, a las doce de la noche. Allí espera pacientemente a

los ebrios y cuando los divisa, se quita el manto y extiende sus brazos de manera provocativa. El momento en que los borrachos se acercan a ella y quieren besarla, se topan con un terrorífico rostro cadavérico. Algunos mueren del susto al instante y otros huyen, echando espuma por la boca.

En cuanto a la **intertextualidad**, La figura de *la bruja* otavaleña, seductora y diabólica, nos aproxima a otros espectros que surgen en distintos relatos orales de la misma ciudad de Otavalo. Por ejemplo, nos recuerda a la protagonista de la leyenda “*La viuda de medianoche*”, una mujer alta vestida íntegramente de negro que se aparece todos los



días en la Iglesia de San Francisco, a las doce de la noche. Allí espera pacientemente a los ebrios y cuando los divisa, se quita el manto y extiende sus brazos de manera provocativa. El momento en que los borrachos se acercan a ella y quieren besarla, se topan con un terrorífico rostro cadavérico. Algunos mueren del susto al instante y otros huyen, echando espuma por la boca.

La belleza e incitación, armas de *la bruja* de Otavalo, asimismo nos recuerda a otro personaje conocido de la ciudad: “*La viuda del cementerio*”. Se cuenta que un joven gustaba por igual del licor y la compañía de las damas más hermosas del lugar. Hacía alarde de las mujeres

solteras y casadas, a las que había seducido. Una noche, el muchacho regresaba a su casa con unas copas demás. Al llegar al barrio Punyaro, vio a una mujer muy bella. Sin pérdida de tiempo se lanzó a la conquista y como hubo respuesta de la dama, los dos pensaron en el sitio más desolado del pueblo para dar rienda a su lujuria. La muchacha le sugirió el cementerio que no estaba lejos. Fueron y en el centro del camposanto, la mujer comenzó a desnudarse. Cuando esta le ofreció su cuerpo, mientras él la abrazaba apasionadamente, el hombre sintió un frío de muerte. En ese momento, se dio cuenta de que la mujer había desaparecido y en su lugar estaba un esqueleto, a quien él acariciaba con pasión. Horrorizado dejó el cementerio y llegó a su casa botando espuma por la boca.

La potestad diabólica de *la bruja* otavaleña, también se encuentra esbozada en la figura de *la bruja de Zárate*, la más poderosa de las leyendas costarricenses. Una mujer de etnia aborígen que tenía poderes inimaginables. Podía transformar a las personas en animales, echar maleficios, departir con los muertos y lanzar conjuros para cambiar la

suerte. Según algunos autores, este personaje está basado en una mujer real que vivió en el cantón de Aserrí, provincia de San José, Costa Rica, en el siglo XIX.

Desde otra óptica, la leyenda nos recuerda a ciertas figuras femeninas de la literatura. La primera de ellas, *Medea*, protagonista de la tragedia de Eurípides que lleva el mismo nombre.

Desde el punto de vista de cómo la bruja de Otavalo (el diablo) es feroz y paga con la muerte a sus devotos surge la asociación con el personaje *Medea*. La bruja no tiene piedad ni compasión con los ebrios e infieles, como no la tiene *Medea* al verse traicionada, cuando su esposo Jasón la repudia para casarse con la hija del rey Creonte. La heroína transgrede el modelo de mujer enamorada para convertirse en una homicida cruel que da muerte a sus propios hijos, al monarca y a la prometida de su cónyuge adúltero.

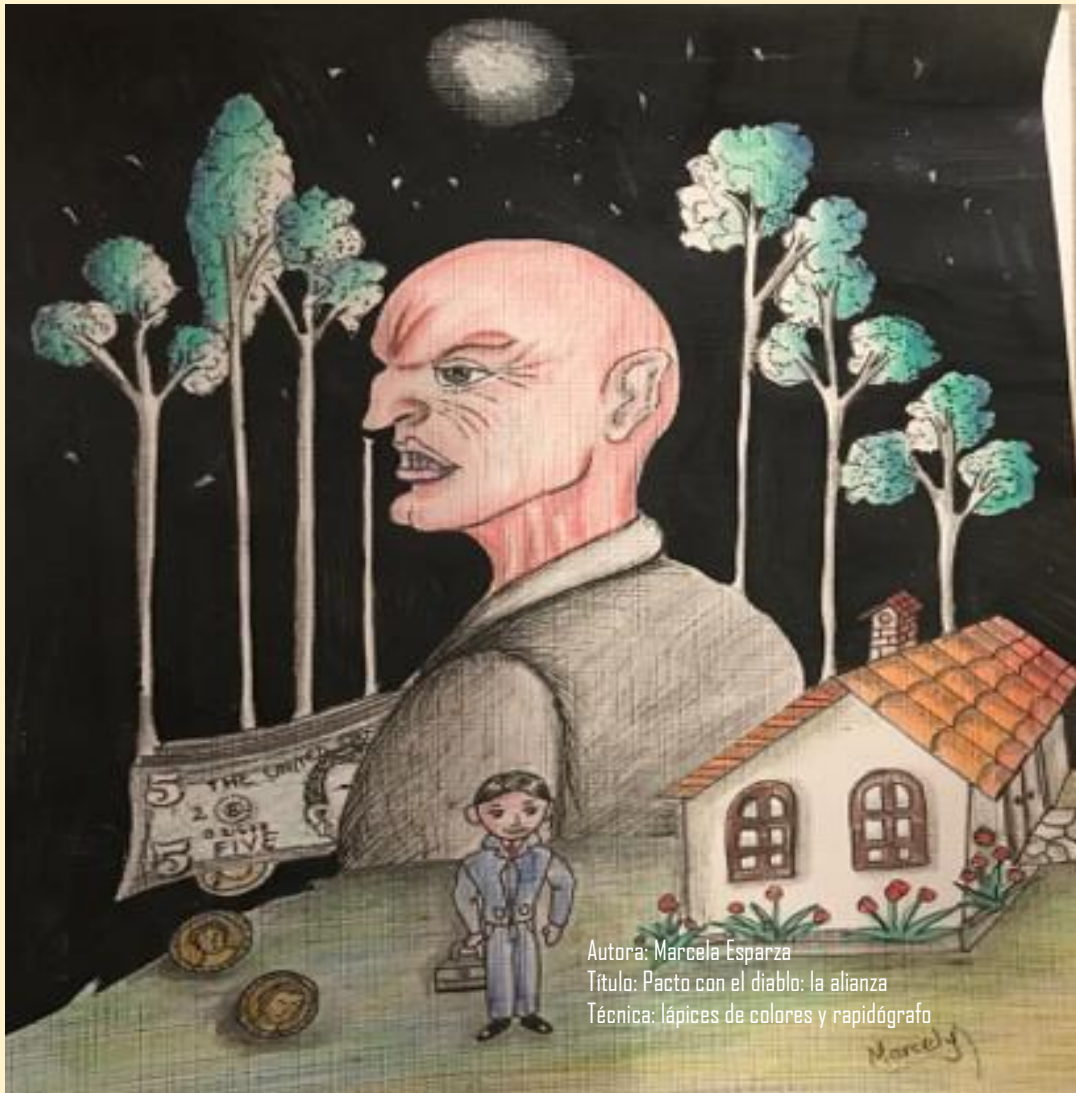
El poder de la bruja otavaleña y el precio que pagan los borrachos y traidores por caer en sus redes son dos particularidades que nos recuerdan a un personaje femenino maléfico de la literatura clásica: *Circe*, la hechicera de la obra *La Odisea*, de Homero.

*Circe*, hija de Helios y de la ninfa Perséfone, es una diosa y maga que vive en la isla Eea. La deidad busca hechizar a Odiseo, pero no lo logra por la intervención de Hermes, quien le entrega al héroe un antídoto contra el brebaje de la sibila. Si bien la divinidad no puede convertir al héroe en un animal, lo atrapa en sus redes amorosas y lo retiene en su morada durante un año.

El poder maléfico de *la bruja* otavaleña también nos recuerda a otro personaje literario muy conocido: *Delia Mañara*, la protagonista del cuento *Circe*, de Julio Cortázar. Un relato urbano ambientado en Buenos Aires de los años veinte, cuyo título muestra la vinculación de *Delia* con el personaje mitológico de Homero.

La joven es la interpretación contemporánea de la figura de la bruja, una mujer extraña a la que un gato sigue y ante quien todos los animales se muestran siempre sometidos. Esta relación con los animales es muy significativa. Recordemos que en el mundo medieval los gatos estaban asociados a las brujas. *Delia* es la bruja moderna, fabrica extraños licores y bombones que da a sus novios. Dos de ellos mueren.

## “PACTO CON EL DIABLO: LA ALIANZA”



Varios son **los personajes** que surgen en la leyenda. El primero, *el hombre pobre* que no tiene cómo mantener a su familia y nadie le da trabajo; desesperado, acepta una alianza con el diablo para obtener el dinero que tanta falta le hace. Cuando recibe el dinero de *Lucifer*, se compra una hacienda, contrata empleados para que le sirvan, viaja por todo el mundo y hasta hace obras de caridad que le dan reconocimiento público. Se vuelve famoso y la gente le respeta, admira y quiere.

*Lucifer* es otro personaje central. Un ser extraño, alto, delgado, de ojos penetrantes y nariz recta que escucha los lamentos del hombre pobre y le pide que vaya a las 12 de la noche al bosque más cercano a reunirse con él. Su fin último es conseguir el alma humana del hombre, una justa paga por la necesidad y la velada ambición de aquel.

Este personaje está relacionado con la oscuridad (doce de la noche), en oposición a la luz, al cielo y a Dios. Es el rey de los infiernos, símbolo del mal; aparece entre llamas y

tienta al humano para hacer un pacto con él y luego llevarse su alma al infierno, a ese lugar de sufrimiento donde yacen los pecadores y los alejados de Dios.

*El sacerdote* es otro personaje importante y aparece en estrecha relación con el pensamiento católico de la época. Representa el bien y es quien ofrece *al hombre* el agua bendita, símbolo de pureza y limpieza del pecado. Recordemos, en esos tiempos había pilas de agua bendita en las iglesias, conventos y casas de familia, donde los fieles mojaban sus dedos para hacer la señal de la cruz. Se la utilizaba, como hoy, en el bautismo y en la Misa, también para expulsar al demonio y repeler las tentaciones. Por ello, el sacerdote instruye al hombre para que lleve una buena cantidad de agua consagrada por él, le lance al maligno y lo ahuyente definitivamente. También, le sugiere que lleve a dos niños recién bautizados, es decir, a dos niños puros que han nacido a una nueva vida.

Estos personajes nos llevan a los **temas centrales** de la leyenda: *la ambición, el arrepentimiento y la lucha del bien y el mal.*

El hombre, aunque es pobre, tiene una *velada ambición* y ese interés le lleva a pactar con el diablo. No se atreve a rechazar lo que le ofrece Lucifer y aunque el temor lo inunda antes de encontrarse con el demonio y por momentos lo paraliza, se sobrepone al miedo y se encuentra con *el maligno*, sabiendo que el precio es la condena eterna de su alma.

Para la comunidad otavaleña, *la ambición* vendría a ser un pecado, un acto o deseo contrario a la Ley Divina. *El hombre pobre*, con pleno conocimiento y deliberado consentimiento, cae en pecado mortal al pactar con *el diablo* y mostrar una falta de amor a Dios. La consecuencia de este grave pecado es el infierno: *el diablo* se llevará el alma del compactado.

*El arrepentimiento* es otro tema central de la leyenda. Cuando el dinero y el tiempo dado por *el diablo* se terminan y el hombre debe volver al sitio de la alianza, comienza a sufrir y arrepentirse de lo que hizo. Por ello, *el hombre* va en busca de un sacerdote, a quien confiesa su pecado de ambición. El religioso le da la estrategia para vencer *al demonio* y *el hombre* así lo hace. Su contrición, por tanto, lo libera y evita su destino final: el infierno.

Otro tema dominante en la leyenda es *la lucha del bien y el mal* (la luz y las tinieblas). Al inicio, cuando *el hombre* pacta con *el diablo*, el mal parece haber triunfado. Pero cuando el hombre se arrepiente de su pecado y *el diablo* es vencido, el bien es el triunfador. *El hombre*, después del pacto, se vuelve ejemplo de trabajo, humildad y amor.

En cuanto a la **estructura**, la leyenda está compuesta por tres segmentos diferenciables:

1. El primero presenta a la ciudad donde ocurren los hechos y al personaje central: un *hombre pobre* que no tenía trabajo ni con qué dar de comer a su esposa e hijos.

2. El segundo muestra cómo *el hombre pobre* se contactó con *el diablo*, el pacto que hicieron, cómo cambió su vida en 10 años, la confesión que tuvo con el sacerdote antes de volver a encontrarse con *Lucifer* y cómo se salvó de que *el maligno* se llevara su alma.
3. El último menciona cómo fue la vida del *hombre*, después de haber burlado *al diablo*.

Con relación al **tiempo**, la leyenda nos muestra a un Otavalo de bosques y quebradas, posiblemente de siglos atrás, muy diferente a la ciudad moderna de nuestro tiempo.

Hay una anacronía que se orienta al pasado, más o menos lejos del momento “presente” en que se encuentra el personaje. Hablamos, pues, de una *analepsis externa* o remembranza anterior al punto de partida. *El hombre* recuerda lo que le han comentado alguna vez sus padres: que el compacto con *el diablo* era un ceremonial aterrador, mediante el cual la persona se entregaba a *Lucifer* para adquirir bienes materiales o poderes sobrenaturales.

*Esta analepsis* da credibilidad al relato. No solo al personaje de la leyenda en cuestión, que se ha rendido ante Satanás, sino a muchos otros en el pasado que han vendido su alma a cambio de riquezas o poder.

En relación con las variantes del ritmo dentro del texto, se identifican *dos anisocronías*. La primera llamada *Sumario*: el tiempo del relato es menos extenso que el tiempo de la historia. El narrador resume en dos párrafos lo acontecido en 10 años: la hacienda que compró, los empleados que contrató para trabajar en el campo, los viajes que tuvo por todos los países del mundo, su auxilio a los pobres y enfermos, la ayuda que dio a los que sufrían hambre o tenían un problema financiero, su arrepentimiento al llegar al décimo año y su confesión con *el sacerdote* del pueblo.

La segunda anisocronía se llama *Análisis*: el narrador se demora un buen rato en contar algo que sucedió en un tiempo corto. Se cuenta en varios párrafos lo que le sucedió *al hombre pobre* en unas horas, desde que se encontró con *el diablo*, hasta que hizo un pacto con él a medianoche, en el bosque más cercano, al lado de la quebrada.

También se descubren dos *elipsis implícitas*. Hay un tiempo que transcurre, pero este no se manifiesta explícitamente en el texto.

La *primera elipsis* se presenta al inicio de la leyenda. Se cuenta que *un hombre era muy pobre* y no tenía trabajo, pero no se dice cuánto tiempo pasó sin tener dinero para sobrevivir, aunque suponemos que fueron varios meses.

La *segunda elipsis* se presenta al final de la leyenda, cuando se relata que *el hombre* consiguió un humilde trabajo para sobrevivir, porque se había gastado el dinero que le había dado el diablo y que, en su pobreza, siguió ayudando a los más necesitados. Pero no se menciona cuántos años más vivió *el hombre* después de librarse del pacto con *el diablo*, aunque deducimos que fueron pocos años.

En cuanto al **escenario**, en la leyenda surge un primer espacio: un *Otavalo pequeño* y conservador, donde las creencias de la Iglesia Católica son muy fuertes.

Otro espacio importante es *el bosque*, que en la literatura infantil de todas las épocas ha tenido un papel preponderante. Muchos han hablado de este escenario, no como un espacio donde se llevan a cabo los acontecimientos, sino como el verdadero protagonista de las historias de niños.

En las leyendas ecuatorianas, el bosque ha sido un lugar de rituales e iniciaciones, por eso, en este lugar pacta *el hombre pobre* con *Satanás*. Es un espacio escalofriante, donde la poca claridad del cielo se pierde y aparece la obscuridad total. Es la zona que separa al mundo terreno, del infierno, de la morada de *Lucifer*.

Otro espacio es *la hacienda* que compra el hombre para vivir con su familia. Es un espacio grande y abierto, que tiene doble significado. Por un lado, representa *el lujo y el confort* que brinda el dinero que no es producto del trabajo (el hombre contrata empleados). Por otro lado, simboliza *la parte buena del hombre*, aquella que no perdió luego de la alianza con *Satanás*, pues desde este lugar se dedica a auxiliar a los pobres y a los enfermos, a toda persona que sufre hambre o tiene algún percance económico.

El último espacio es *la Iglesia*, el lugar *compunción y arrepentimiento*. Allí, se dirige el hombre para confesarse con *el sacerdote*, por haber pactado con *Lucifer*. En este sitio recibe la absolución y las indicaciones de qué hacer, cuando se reúna nuevamente con el maligno para evitar que su alma termine en el infierno.

En relación con la **intertextualidad**, la leyenda otavaleña "*Pacto con el diablo*" nos recuerda a ciertos personajes de otros textos escritos y orales. Desde el punto de vista de cómo el personaje central de la leyenda otavaleña es tentado por el diablo, nos recuerda a *Fausto*, protagonista de la obra de Johann Wolfgang von Goethe (1990), que lleva el mismo nombre. *Fausto* es un mortal avejentado por el estudio, que no encuentra satisfacción en nada y no ha obtenido ni el saber ni el placer; es tentado por *el diablo*, el espíritu de las tinieblas, llamado *Mefistófeles*.

*El diablo*, al igual que lo hizo con *el hombre pobre* de la leyenda, le ofrece todo lo mejor a *Fausto*: la juventud, el arrebató de las pasiones, toda clase de placeres, en suma, una vida instintiva, opuesta a la razón. *Fausto* acepta y sella la alianza de manera satisfactoria, tal como ocurre en la leyenda con *Lucifer* y *el hombre pobre*.

A diferencia del *hombre pobre* de la leyenda, que vivió 10 años de felicidad, *Fausto*, después del pacto y de explorar el placer y la aventura, experimenta la insatisfacción, la vacilación, la duda y el arrepentimiento. No es feliz. Más adelante, muere y *Mefistófeles* trata de apoderarse de su alma, pero la gloria se abre y aparece un coro de ángeles que se llevan a *Fausto*. *El diablo*, con ira y despecho, se queja de que le arrebató. En este punto, descubrimos otro vínculo intertextual con la leyenda de Otavalo: *el maligno* tampoco pudo llevarse el alma del *hombre* que pactó con él.

La leyenda otavaleña “*Pacto con el diablo*”, asimismo, guarda una relación intertextual con otras leyendas orales ecuatorianas, en relación con los personajes y a los desenlaces.

La leyenda quiteña “*Cantuña*”, al igual que la leyenda otavaleña “*Pacto con el diablo*”, tiene como personaje central a un mortal, al indígena de nombre *Cantuña*, responsable de la construcción del atrio de la Iglesia de San Francisco, en Quito. Como *el indígena* ve que el tiempo pasa y la obra no se termina, tiene miedo de ir presidio por no finalizar a tiempo la edificación. *El diablo*, que busca llevarse el alma del *indígena*, le dice que él puede terminar el atrio de la iglesia, antes de que salga el sol. A cambio, le pide que le entregue su alma. *Cantuña* acepta, pero cuando casi amanece, se da cuenta de que la obra, aunque estaba casi terminada, le faltaba una piedra. Una piedra que ni los *albañiles diablillos* ni *el demonio* pudieron colocar. *Cantuña*, entonces, le increpa al *demonio* por no haber cumplido su promesa. Este, furioso, desaparece para no volver jamás. Un final parecido a la leyenda otavaleña, en que el diablo es burlado y no puede llevarse el alma del hombre pobre.

“*Pacto con el diablo*” también guarda un vínculo intertextual con “*El Compactado*”, una leyenda de Pichincha, en relación con los personajes que intervienen en ambas historias: los humanos y *Lucifer*.

De manera similar al relato otavaleño, en la leyenda “*El Compactado*”, el personaje central es un mortal de nombre *Rigo Mafla*, que para bailar de diabluma, en las fiestas de San Juan, San Pedro y San Pablo, quiere compactarse con *el diablo* en la *paccha* (caída natural del agua) de la quebrada. Cuando llega el momento del ceremonial, el personaje escribe *al diablo*, pidiéndole que le conceda sus poderes y le acompañe durante 12 años, mientras baile de diabluma en las fiestas de San Juan, San Pedro y San Pablo. A cambio, *Rigo Mafla* le promete adorar su nombre. Firman el documento, tanto *el mortal* como *el diablo*.

A diferencia de la leyenda otavaleña, el desenlace de este relato es distinto. Después de la alianza con el demonio, *Rigo Mafla* baila muy bien por once veces durante las fiestas, pero cuando llega el año número doce, le toca pasar frente a la iglesia. Los bailadores que iban con él hacen una reverencia casi imperceptible, una venia a la Virgen María y a él no le toca más que hacer lo mismo. En ese preciso momento, se desata la furia del *diablo* que envía un gigantesco huracán para alzar al *Rigo Mafla* por los aires. Así, *el demonio* le lleva en cuerpo y alma, porque el contrato diabólico nunca contempló que bailara en homenaje a la Virgen María.

# LOS INFORMANTES

**Luis Ubidia**

Otavallo: 1913-2000



Fue un prestigioso maestro que empezó su carrera docente en 1935, en San Pablo de Lago, en la escuela Cristóbal Colón. Después pasó a la escuela 10 de Agosto de la ciudad de Otavallo, plantel donde había estudiado su educación primaria.

En 1936, viajó a Quito para trabajar en la Anexa del Normal Juan Montalvo. En 1970, después de una ardua y fructífera labor como profesor, se acogió a la jubilación y fue articulista en los medios escritos de la provincia de Imbabura, con un claro enfoque de justicia y rectitud, en los temas de la vida local del cantón Otavallo.

Escribió artículos de investigación científica y notas poéticas. Tiene 28 publicaciones.

**Ángel Rueda Encalada**

Otavallo 1923-2015



Fue un autodidacta que impulsó la modernización de la ciudad de Otavallo y logró cambios enormes para su ciudad, como la automatización de los teléfonos, la construcción del Banco de Fomento, la llegada del Banco del Pichincha, la edificación del Mercado 24 de mayo, la construcción de la Cámara de Comercio, la reparación del templo El Jordán y la reconstrucción del Hospital San Luis.

Por décadas, fue benefactor de las escuelas Gabriela Mistral y José Martí. Fue fundador de varias instituciones de la ciudad, de donde desplegó su actividad a favor de la comunidad. Fue presidente de la Sociedad de Trabajadores México y del Club de Tiro, Caza y Pesca. Formó la Cámara de Comercio, trabajó para ella y fue su presidente vitalicio.

## Angelita Rodríguez Hidalgo

Tumbaco 1925



Reside en Otavalo desde 1952. Sus primeros recuerdos vienen del barrio Punyaro, a donde fue a vivir cuando recién se había casado con don Ángel María Rueda Encalada. Vivió la época de esplendor de la Fuente de Punyaro, donde iba junto con su esposo a distraerse los domingos. Era el lugar donde las vecinas, al caer la tarde, contaban leyendas que habían escuchado de sus familias y de sus amigos.

## Gonzalo Rubio Orbe

Otavalo 1909-1994



Nacido en una familia de agricultores y granjeros, es el segundo de siete hijos y el mayor de los tres hermanos varones. Obtuvo un doctorado en educación de la Universidad Central del Ecuador

Se distinguió como antropólogo e historiador de la escuela indigenista, cuyos integrantes fueron considerados como un grupo radical de intelectuales, que colocó el patrimonio indígena precolombino de América Latina en igualdad de condiciones que el patrimonio del conquistador español. Perteneció al Partido Socialista Ecuatoriano, participó en el servicio diplomático en México y otros países de América Central, lo cual le permitió crear muchos contactos con indigenistas en otros países y establecer su reputación internacional en el campo.

Fue director de la escuela de capacitación docente del Colegio Normal Juan Montalvo, en Quito, director nacional de educación y subdirector del comité de coordinación económica. Continuó dando conferencias a estudiantes universitarios, hasta el último día de su vida.

Fundación Gonzalo Rubio Orbe

## César Alberto Buitrón

Otavalo 1925-2014



Hombre generoso, trabajador y honorable, quien dedicó su vida a su familia.

Nació en Otavalo, en una época en la que la narrativa se nutría de la imaginación. La gente contaba historias y los relatos se transmitían oralmente. Vivió un tiempo, donde el misterio y el suspenso fueron los protagonistas de lo que hoy conocemos como leyendas.

## Lily Villa

Otavalo 1964



Nació en Otavalo, el 25 de mayo de 1964. Se graduó en Comercio y Administración en el Colegio República del Ecuador. Es abogada por la Universidad Técnica Particular de Loja. Vive en Europa, desde el año 2000. Primero, vivió en Bélgica y actualmente, en Italia.

## RESEÑA DE LOS COLABORADORES

### Pedro Nicolalde Benítez



Nace en Otavalo, el 12 de septiembre de 1963. Sus padres son Gonzalo Nicolalde y Mercedes Benítez. Es el último de 8 hermanos.

Artista autodidacta, desde su infancia se sintió muy atraído por el arte. A los cinco años ya dibujaba, cuando cursaba sus estudios en el Jardín de infantes 31 de Octubre. Un arte que se volvió más necesario, a medida que crecía y estudiaba en la escuela católica Ulpiano Pérez Quiñones, donde pintaba todo lo que miraba y sentía, y la pintura se volvió su pasión.

En la secundaria, cuando estudiaba en el Colegio Nacional Otavalo, su espíritu constructivo fue más intenso. Su lenguaje plástico era directo, sencillo, pero poderoso. Una vocación que lo combinó con la música y la escultura, con las pequeñas miniaturas que creaba. Siempre envuelto en el mundo mágico, de ternura, risas y amor de la familia y en especial, de su madre.

Enamorado del color y la forma, ha sido reconocido por sus obras, en óleo, pasteles, plumilla, lápiz y acuarelas. Al inicio, grabando ideas, valores y aspectos contemporáneos, en las paredes de su casa y luego, cubriendo los espacios de las ciudades con colores y formas.

Es un permanente expositor, con grandes proyectos urbanos. Los murales del teleférico, en Quito, y de San Pablo y González Suárez, en Otavalo, son su creación.

Es el ilustrador de la portada del libro: “Leyendas, historias y casos de mi tierra Otavalo”.

### Nuria Rengifo



Nace en Otavalo, el 10 de diciembre de 1959. Pintora, escritora y performer. Es una artista autodidacta, que comenzó a pintar a los 15 años y a escribir poesía, a los 17. Utiliza la figura femenina como eje central de sus obras.

Ha realizado varias series pictóricas: Cofradía del Agua, Fondos Marinos, Sirenas, Inflorescencias de mi Jardín, entre otras.

En el 2010, ganó una asignación de los fondos concursables del Ministerio de Cultura del Ecuador, con el proyecto Video Ensemble, Vida: La Crianza del Agua.

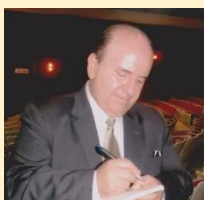
Ha incursionado en la Performance y el Video Arte, con obras como: Estructura del alma, Metamorfosis de sirena en centauresa seráfica, Manifiesto del árbol y la obra en proceso: Soy mujer, soy yo misma, tengo los ojos oscuros y esta sociedad me hace sentir culpable por ello.

Es articulista del periódico cultural *Letras de Imbabura* y miembro de número, del Área Académica de Literatura, Núcleo de Imbabura, de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Entre sus libros publicados están: El libro de cuentos *Fémina Mundi*, un libro de poesía, prosa y pintura llamado *Azul y Otros Duendes*, el texto de poesía romántica *Estructura del Alma* y una recreación de cuentos y leyendas de Otavalo denominada *Las Diosas del Agua*.

Es Fundadora del Museo de Arte Contemporáneo MANU, que promueve la creación de obra de artistas de todo el mundo.

## Fernando Larrea Estrada



Escritor e investigador socioeconómico ecuatoriano, nace en Otavalo, en 1960. Estudia en la Universidad Central del Ecuador, con postgrados en el área económica, obtenidos tanto en el país, como en el exterior.

Cuenta con la publicación de tres libros:

*Chaguarmishqui*, en el año 2016, y la segunda edición de este libro, en el año 2019. *Modesto Larrea Jijón, Vida y Legado*, en 2015 y la obra: *Elementos del Comercio Internacional*, en 2013.

Es editorialista de Diario El Norte y colaborador de algunas revistas en temas de control, ética, moral, economía e historia económica.

Ha estado vinculado a organismos internacionales, como el Fondo Monetario Internacional, FMI y la Organización de los Estados Americanos, OEA y a diferentes Instituciones públicas, entre las que destacan: la Contraloría General del Estado y el Ministerio de Relaciones Exteriores.

## Amparito Nicolalde



Nace en Otavalo, el 26 de septiembre de 1958, rodeada de amor y de arte; es la sexta de ocho hermanos.

La fuerte genética artística, por el lado materno, avivó una gran inclinación por la pintura en ella y en sus hermanos, con quienes compartía pinceles de manera eventual, sin ningún conocimiento técnico.

En 1911, a los 53 años, ingresa al Taller de Pintura de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, dirigido por el reconocido artista plástico M. Reyes, en donde conoce el manejo de materiales como: óleo, pastel, acuarela, témpera, ac rlico, lápices, etc., convirtiéndose así, la pintura en su pasión.

Ha realizado las siguientes exposiciones colectivas:

2018 – Ibarra – Sentimiento Compartido – Prefectura de Imbabura

2018 – Cotacachi, La Ruta del Arte – Municipio de Cotacachi

2019 – Ibarra – Talleres de la CCE Ibarra

## Janett Buitrón



Nace en Otavalo, el 28 de mayo de 1965.

Actualmente trabaja en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, imparte la cátedra de Matemática.

Es una artista autodidacta, cuya inclinación por el dibujo se inició cuando era niña y lo ha cultivado hasta hoy. La pintura se ha convertido en su camino de liberación, durante el tiempo de pandemia. En esta etapa, empieza a conjugar su trabajo docente con las obras, en las cuales evoca emociones, sensaciones e impresiones sobre lo que ocurre en el mundo. Enlaza las formas, colores y texturas, para transmitir su sentir.

## Pedro Nicolalde Rengifo



Artista polifacético otavaleño, nace en 1986. Tiene un bachillerato en artes plásticas en el ISTAP Daniel Reyes, San Antonio de Ibarra. Cursa sus estudios superiores en la Universidad de Palermo, Argentina y en el Instituto Metropolitano de Diseño, en Quito.

Su propuesta visual se basa a partir del figurativismo creacional de personajes identitarios locales, con técnicas de carboncillo, esculturas de pequeño formato, pintura de caballete y murales de gran formato.

A partir de sus estudios y su gestión cultural, se enlaza al proceso de muestras colectivas artística. Entre las más importantes están: Plan Venezuela, 2002; “Traslados” Ibarra, 2007; Grupo Sarance Universidad Central, Quito, 2017; 190 Años de Provincialización Ibarra, 2014; y como parte de su proceso individual: Gobierno Municipal de Otavalo, 2009.

A partir del 2017, forma parte del proyecto cultural colectivo del comité de ex danielinos, como propuesta investigativa de artistas que surgieron y estudian en el Daniel Reyes. Afianza un importante registro histórico, desde los lenguajes visuales anteriores y propuestas contemporáneas de la plástica Imbabureña y nacional, con resultados expositivos de recopilación de obra: “De la Plástica a la Práctica”, 2017; Memorias de Baúl Abierto”, 2018; Danielinos por Siempre, toma simbólica de la provincia de Imbabura (4 centros de exposición), 2019.

## Marcela Esparza Aragón



Nace en Otavalo, el 24 de julio de 1970.

Artista autodidacta, se graduó en el I.T.S. de artes plásticas Daniel Reyes, en Arte Gráfico.

Desde niña, siempre se inclinó por la pintura y disfrutaba enormemente de las clases de dibujo en la escuela, porque a través de la pintura podía expresar emociones y sentimientos que no eran tan sencillos de comunicar verbalmente. Fue a esa edad que pintó su primer cuadro, a pedido de su profesora de cuarto grado, a quien le gustaba mucho su trabajo.

Cuando pinta, se concentra al máximo y deja fuera otros pensamientos. Le permite sacar todo lo que lleva dentro y mostrar cómo ve el mundo en realidad. Le apasiona la pintura de rostros, especialmente de niños.

## Patricia Eugenia Cajas



Nace en Quito, el 2 de noviembre de 1977.  
Docente e Investigadora universitaria.  
Licenciada en Ciencias de la Educación.  
Magister en Gestión y Desarrollo Social.

Desde el año 2000, su trabajo se ha centrado en la investigación de temas relacionados con la promoción de los Derechos Humanos. Comparte su carrera como docente universitaria, con procesos investigativos y de vinculación con la sociedad.

## Madeleine Arizaga Cisneros

Nace en Quito, en el 2004. Desde los 2 años, empieza a trazar, colorear y garabatear. A los 5, ingresa en la escuela Eduardo Kingman, en San Rafael, donde aprende técnicas en dibujo y otras prácticas artísticas, como escultura, grabado, diseño gráfico, dibujo de modelos vivos, carboncillo y pintura acrílica. Empieza a exponer sus primeros cuadros en julio del 2011. En el 2014, ingresa a la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Su profesor, el maestro Galo Duque, le enseña estilo y perfeccionamiento.



# RESEÑA DE LA AUTORA

Dorys Rueda  
Otavalo, 1961



Investigadora, docente, gestora cultural y docente.

- Es Licenciada en Letras y Castellano
- Magíster en Literatura Ecuatoriana e Hispanoamericana
- Magíster en Literatura Infantil y Juvenil
- Especialista en Currículum y Prácticas Escolares en Contexto

Es fundadora y directora general del sitio web: [elmundodelareflexion.com](http://elmundodelareflexion.com) que nace en el 2013 para incentivar la lectura y la escritura, difundir la narratología oral del Ecuador y recoger reflexiones de alumnos y maestros sobre temas diversos

Publicó el libro escolar: "**Lengua 1 Bachillerato**" del Plan Amanecer, en el 2009.

